Serie terror
THANATOS

NOVELA INEDITA

Alan Parker

Viaje usted con la muerte

EDICIONES FORUM

Alan Parker

Viaje usted con la muerte

EDICIONES FORUM

1.ª edición: julio 1985
Esta edición es propiedad de Editorial Delta, S. A.
Paseo de Gracia, 88, planta 5.ª 08008 Barcelona.

© Texto: Alan Parker
© Cubierta: Ballestar - Ag. Norma

ISBN: 84-7598-166-6
Depósito Legal: M. 23.324-1985
Fotocomposición: Catalana de Fotocomposición, S. A.
Consejo de Ciento, 500 - 08010 Barcelona
Impresión: Gráficas FUTURA. Sdad. Coop. Ltda.
Villafranca del Bierzo, 21-23.
Fuenlabrada (Madrid)
Printed in Spain - Impreso en España, julio 1985

Las situaciones y personajes de esta novela son ficticios.
Todo parecido con la realidad es mera coincidencia

CAPÍTULO 1

Esta historia podría comenzar como un cuento de hadas…

Aunque les aseguro que no lo es.

Había una vez un caballero muy rico y excéntrico llamado Antón Werner. No era ni muy alto ni muy bajo, ni muy guapo ni muy feo. En una palabra, era un individuo del montón aunque cargado de millones.

Tenía una esposa mucho más joven que él, llamada Úrsula. Era hermosa, morena, con un cuerpo que tiraba de espaldas.

Antón, que era un tipo tremendamente celoso, únicamente vivía para ella. El pobre era como un pajarillo que comiese en la palma de la mano de su dueña.

El matrimonio vivía en una lujosa mansión a unos pocos kilómetros de Londres. Era un edificio de ladrillos rojos con cuatro columnas de mármol en el frontal del mismo. Estaba rodeado por un inmenso parque con helechos, flores, plantas exóticas, y en un bien cuidado estanque con un surtidor central, habitaban cisnes traídos expresamente de la lejana India.

Todos los días, excepto cuando nevaba, de cinco a seis, el matrimonio Werner paseaba a caballo por sus propiedades y fue precisamente uno de esos días cuando Úrsula le dijo a su marido:

—Querido, necesito unas vacaciones.

Naturalmente a Antón le faltó tiempo para complacer a su esposa.

El problema era que ya habían dado la vuelta al mundo en dos ocasiones por lo que resultaba un poco difícil encontrar un lugar que no hubiesen visitado con anterioridad.

Aquella noche, mientras estaban cenando en el elegante comedor, sentado cada uno de ellos a un extremo de la larga mesa, ella insistió en el tema:

—¿Ya has elegido el lugar a dónde vamos a ir de vacaciones,

Antón?

—Sí, querida —respondió él mientras desguazaba el filete de salmón ahumando—. Iremos a Hawái. ¿Te parece bien?

—No.

—¿No? —Antón se extrañó mucho.

Ella hizo un mohín despectivo. Y dijo:

—En esta época del año aquello es un horno.

—Tienes razón, nena.

—Ya sabes que no me gusta que me llames nena —refunfuñó Úrsula—. Me siento como una furcia.

—Perdona.

Siguieron cenando.

De repente ella dijo:

—Además, Hawái no es un lugar que le guste excesivamente a Norma.

Él levantó la cabeza del plato.

—¿Y qué tiene que ver tu amiga en todo esto?

—¿No te lo había dicho?

—¿El qué?

—Norma y su marido vendrán con nosotros. Y también Jeferson y su mujer, Cintia.

Antón se quedó sin habla.

Tragó con cierta dificultad antes de decir:

—Más que unas vacaciones va a parecer una excursión turística, querida. ¿Por qué tanta gente? Yo pensé que…

—Antón, siempre que te pones a pensar no aciertas una. ¿Es que no te das cuenta? Tú y yo solos nos aburriríamos mucho. Sin embargo, con nuestros mejores amigos lo pasaremos muy divertido. ¿O es que no te gusta su compañía?

—Sí, pero…

Ella le cortó tajante.

—No hay peros que valgan, Antón. Iremos los seis. Y desde luego a Hawái, no.

A Antón le pareció una verdadera locura la idea de su esposa, sobre todo porque unas vacaciones con los amigos ya no son vacaciones. Los amigos sólo están para jugar al *bridge* o para pedirles un favor, pero nunca para ir de vacaciones con ellos.

Sin embargo, no era eso todo.

A Antón tampoco le gustaba la idea de enrolar a Jeferson en la aventura.

Jeferson A. Wellman era un abogado de Londres. Tenía treinta y cuatro años y era un atleta. Antón y su esposa le conocieron en una fiesta y desde entonces se convirtieron en grandes amigos… hasta que Antón descubrió que el maldito Jeferson y Úrsula se gustaban más de la cuenta. A partir de ese momento, Jeferson entró a formar parte de la lista negra de Antón…

—¿Te has quedado mudo? —le preguntó ella mientras estaba dando buena cuenta del helado de chocolate.

—¿Qué?

—Antón, ¿se puede saber en qué piensas?

—En Jeferson.

—¿Qué pasa con él? Es un hombre encantador.

—Sobre todo para ti —gruñó Antón encendiendo un cigarrillo con mano trémula.

—¿Ya empezamos otra vez con eso?

—No irás a negarme que te gusta, ¿verdad?

Úrsula se puso en pie.

—Eres un perfecto idiota, Antón —le soltó a su marido antes de abandonar el comedor.

«Ella sabe que tengo razón», pensó Antón mientras fumaba. «Ese jodido Jeferson le gusta. Claro que… a fuerza de ser sincero, a mí también me gusta su mujer. Cintia es una chica maravillosa. No tiene el cuerpo de Úrsula pero algo me dice que en la cama debe de ser terrible. Y Norma tampoco está nada mal, no, señor… Lástima del marido que tiene. Ese Archi es un perfecto imbécil…».

—¿Café, señor?

Antón bajó de las nubes y miró a su mayordomo. Era un individuo muy alto y con patillas. Tenía una extraña mirada entre misteriosa y fría.

—¿Decías algo, Jack?

—Si el señor va a tomar café…

—Sí, Jack. Llévalo a la biblioteca.

—Bien, señor.

Era una biblioteca con paredes revestidas de madera de nogal. Una enorme librería con volúmenes de todo el mundo presidía la estancia en cuya chimenea ardía un agradable fuego.

Antón tomó asiento junto a la misma, en su sillón favorito de estilo Chippendale y echó la cabeza hacia atrás. Jack entró poco después con el café. Depositó la pequeña bandeja en la mesa que se encontraba junto a su amo y se irguió.

Pero no abandonó la biblioteca.

Antón le miró.

—Puedes retirarte —le dijo.

—Señor…

—¿Qué?

—Si me permite…

—Habla de una vez. Si lo que pretendes es un nuevo aumento de sueldo, te advierto que los tiempos no están como para…

—No se trata de eso, señor.

—¿Entonces?

—Creo saber que la señora desea ir de vacaciones…

—Es verdad.

—Y que el señor… bueno, no acierta el lugar donde disfrutar de esas vacaciones…

—También es verdad, Jack. ¿Qué es lo que pretendes decirme?

—Creo tener la solución a su problema, señor.

—¿De verdad? —se burló Antón—. No irás a sugerirme que vayamos a tu pueblo, allá en Escocia, ¿verdad?

—¡Oh, no! Claro que no, señor —el mayordomo sacó una tarjeta de uno de los bolsillos de su chaleco y se la entregó a Antón—. Le sugiero que vaya a esa agencia de viajes.

—«El Paraíso».

—Exacto.

—No la he oído nombrar nunca.

—Pues le aseguro que es excelente, señor. Vaya usted de mi parte y pregunte por Jacob. Le atenderá como se merece.

Y después de pronunciar aquellas palabras, el mayordomo abandonó silenciosamente la biblioteca.

Antón estuvo tentado de arrojar la tarjeta al fuego, pero algo misterioso e incomprensible le detuvo y se la guardó en la cartera.

De repente, en la lejanía, se escuchó un trueno…

Al día siguiente, después de una corta jornada de trabajo en su

oficina, Antón Werner dio un paseo por Hyde Park. Solía hacer aquello siempre que estaba en Londres, a dónde acudía un par de veces por semana para despachar algunos asuntos relacionados con sus múltiples negocios.

Hyde Park le traía agradables recuerdos a su mente. Allí había conocido tres años antes a Úrsula. Ella también paseaba con un perrito. Llevaba un elegante vestido blanco y estaba preciosa. Antón se enamoró de ella nada más verla.

El día era espléndido. Caminaba sin prisas, fijándose en cada una de las cosas que ocurrían a su alrededor; las palomas, los niños, el verde césped, las mujeres hermosas…

Y súbitamente, recordó que no había solucionado aún lo de las vacaciones.

Abandonó Hyde Park y siguió caminando mientras daba vueltas y más vueltas en su cabeza intentando encontrar el lugar idóneo, un país nuevo que complaciera a su esposa. Quizás Australia… No, ya habían estado allí en un par de ocasiones y no quedaba nada nuevo por ver… ¿Egipto? Recordó que las pirámides le habían producido una terrible claustrofobia a Úrsula…

Cruzó la calle pero iba tan inmerso en sus pensamientos que no vio un coche que se le echaba encima. Menos mal que el conductor del mismo era un hombre joven y con grandes reflejos. Gracias a eso pudo frenar a tiempo y no se llevó a Antón por delante.

—¿Es que va durmiendo? —gritó el conductor sacando la cabeza por la ventanilla.

—Perdone… —farfulló Antón y torpemente subió a la acera. Se quedó como un idiota sonriendo estúpidamente a los transeúntes y finalmente se ocultó en un bar. Pidió un *whisky* y encendió un cigarrillo.

«He estado a punto de palmarla», se dijo mientras fumaba. «Pero ya ha pasado».

—La culpa ha sido de ese joven —oyó de pronto a su lado.

Antón volvió la cabeza.

Se trataba de un hombre pequeño, rechoncho, de ojos saltones. Vestía un viejo traje gris y llevaba una cartera de cuero bajo el brazo.

—No, creo que la culpa ha sido mía —manifestó Antón.

—Lo he visto todo. Ese tipo corría más de la cuenta.

—Es posible, pero yo iba distraído…

—¿Tiene algún problema, caballero?

Antón sonrió.

—En efecto.

—A lo mejor yo puedo ayudarle.

—¿Usted? No. No lo creo. A no ser que se le ocurra algún país en el que mi mujer no haya estado nunca. —Antón volvió a sonreír —. Supongo que estará pensando que ése no es ningún problema serio, ¿verdad? Pues para mí sí que lo es.

—Creo que en efecto puedo ayudarle, caballero —dijo muy serio aquel hombre.

—¿Ah sí? ¿Cómo?

—Es que tengo una agencia de viajes.

—¡Vaya! Eso sí que es casualidad.

—¿Por qué no me acompaña y hablamos del asunto? Tengo lo que anda buscando, caballero.

Antón Werner, sorprendido y lleno de curiosidad, siguió a aquel extraño individuo por una calle cercana al bar.

Lo más chocante del caso, era que Antón no recordaba haber visto jamás aquella calle que, por otro lado, parecía desierta.

El hombre en cuestión caminaba despacio, como si contara cada paso que daba.

Por fin se detuvo ante un local situado en los bajos de un sórdido edificio. Había un par de escaparates con carteles invitando a disfrutar de unas maravillosas, excitantes y *enigmáticas* vacaciones… aunque no indicaba en qué lugar del mundo.

Entraron en la agencia, bastante mal iluminada, por cierto. Antón comenzó a lamentar haber ido allí. ¿Qué garantía podía ofrecer a los clientes un lugar como aquél?

Más bien parecía una funeraria…

El hombre dejó la cartera sobre el estrecho mostrador antes de rodear el mismo y ponerse delante de Antón con sus gordezuelas manos entrelazadas y una viscosa sonrisa en sus labios.

—Bienvenido a la agencia «El Paraíso», caballero —dijo sin dejar de sonreír.

—Un momento. —Antón mostró su asombro—. ¿Ha dicho «El Paraíso»?

—Exactamente.

—Entonces usted es…

—Jacob.

—Mi mayordomo… —comenzó a decir Antón.

—Lo sé todo, señor Werner —se apresuró a decir aquel hombre —. Jack me ha hablado de usted.

Antón dio un mal disimulado vistazo a su alrededor.

Y de repente, escuchó la risita de Jacob.

—No haga mucho caso del escenario, caballero —dijo éste—. Lo que realmente importa es la obra, ¿no le parece?

—Si usted lo dice… Pero yo estoy acostumbrado a…

—Sé muy bien a lo que está usted acostumbrado, señor Werner. Es indudable que la Cooks o la Westingwate son más lujosas y elegantes. Impresionan, ¿verdad? Cuando uno entra en uno de sus locales, se siente atrapado por su majestuosidad, sus impecables y atentos empleados y todo eso. Todo funciona a las mil maravillas. Todo está mecanizado. Todo es perfecto. Pero aburrido. ¿Qué pueden ofrecerle en realidad? Hoteles de ensueño, barcos que parecen palacios, los mares del Sur, comidas exóticas… Y a cambio de eso, ¿qué, señor Werner? Un montón de libras esterlinas. Todo está programado, monótonamente programado. ¡Un asco!

Antón se echó a reír.

—¿Y las vacaciones que va usted a sugerirme no están programadas?

—En absoluto.

—¿Lo dice en serio?

—Completamente. O mejor dicho, sí que están programadas. Pero ese programa *únicamente* lo conoce la agencia. ¿Entiende lo que quiero decirle?

—Es decir, usted…

—En efecto. Yo lo programo todo. Y el cliente no sabe nada. Todo va sucediendo sobre la marcha. ¿No le parece divertido?

Antón tuvo que admitir que, por lo menos, el asunto no dejaba de ser original.

—Veamos —dijo este cada vez más interesado—. ¿Significa eso que los viajeros ignoran a dónde van?

—Acertó. Y no sólo eso. También ignoran lo que les va a suceder durante el viaje. Que pueden ser muchas cosas, señor Werner… — Los ojos de aquel hombre adquirieron un repentino y extraño brillo

—. Muchas cosas… Unas hermosas y otras no tanto… ¿Me sigue?

—Sí…

—¿Y qué le parece?

—No está mal.

—¿No quería algo nuevo? Pues ya lo tiene.

—No sé qué opinará mi esposa.

—Le gustará.

—Está usted muy seguro, señor Jacob.

—Lo estoy —respondió aquel individuo volviendo a sonreír—. ¿Se apuesta algo?

CAPÍTULO 2

Cuando Antón regresó a su casa, se encontró con una sorpresa. Úrsula estaba en compañía de sus amigos, es decir Norma, su marido Archi, Cintia y aquel odioso de Jeferson.

«Mejor», se dijo Antón. «Así les podré hablar a todos de ese extraño viaje que me ha propuesto Jacob».

—¡Hola, querido! —saludó Úrsula a punto de beber el té.

Estaban los cinco alrededor de una mesa, cerca del ventanal que comunicaba con la glorieta, a través de cuyos cristales penetraban los últimos rayos de sol de aquel día. Jeferson había tenido buen cuidado de sentarse al lado de Úrsula. Seguramente sus rodillas se rozaban… ¡Aquel hijo de puta! Tomaban el té con pastas. Archi fumaba en su apestosa pipa. Y Cintia estaban tan hermosa y encantadora como siempre. Se había recogido los cabellos. Y le estaba mirando…

«Un día de éstos le voy a pedir que se acueste conmigo», pensó Antón acercándose a sus amigos. Observó que Jeferson tenía una extraña sonrisa en sus labios de cerdo.

—Me alegro de veros —les dijo Antón—. ¿Qué tal, Cintia?

—Muy bien. ¿Y tú?

—No puedo quejarme.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Úrsula—. Te he llamado a tu oficina y me han dicho que habías salido pronto…

—He ido a dar un paseo.

—¿Un paseo? —se rió Archi—. ¡Ya, ya! ¿No será que tienes una amiguita?

—¡Archi! —protestó Cintia—. No tienes ningún derecho a decir esas cosas.

—Era una broma, mujer.

—En realidad he estado en una agencia de viajes preparando nuestras vacaciones… —dijo Antón cogiendo una pasta—. Creo que

he encontrado algo muy divertido.

—¿Sí? —Úrsula pareció realmente interesada.

—Sí, querida.

—¿Por qué no nos lo cuentas?

Antón lo hizo. Sus amigos le escucharon en el más absoluto mutismo. Al finalizar su relato, Úrsula exclamó entusiasmada:

—¡Me gusta!

—A mí también —asintió Jeferson—. Parece realmente excitante.

—Esas cosas suelen acabar mal —dijo sombríamente Archi—. Yo estoy en contra.

—Pues yo no. Estoy de acuerdo. ¿Y tú, Antón?

Éste miró a Cintia y le sonrió.

—También. Puede ser divertido.

—Entonces no hay más que hablar —dijo Úrsula, feliz—. ¿Cuándo salimos?

—Mañana iré a ver a ese individuo y le diré que empiece a prepararlo todo —respondió Antón—. Espero que podamos salir dentro de tres o cuatro días.

—¡El tiempo justo para hacer mi equipaje! —exclamó riendo Cintia.

—No me gusta… —insistió Archi—. Yo prefiero saber a dónde voy y cada paso que voy a dar.

—¡Tú eres un aburrido! —exclamó Úrsula.

Jack entró en aquel momento.

—Señor…

Antón se volvió a su mayordomo.

—Le llaman por teléfono, señor.

—¿Te ha dicho quién es?

—Jacob, señor.

—¿Jacob?

El mayordomo asintió gravemente con la cabeza.

—Está bien. Páseme la llamada aquí.

—Bien, señor.

Poco después, Antón estaba conversando telefónicamente con el extraño propietario de «El Paraíso».

—¿Sí?

—Todo está preparado, señor Werner.

—¿Qué quiere decir?

—Su viaje de vacaciones, naturalmente. Tienen que estar pasado mañana a las cinco de la tarde en punto en el cruce que hay en la carretera que conduce a Wilburgh, a unos trescientos metros de la gasolinera.

—Pero ¿cómo diablos ha sabido usted que estábamos de acuerdo con su plan?

Se escuchó una extraña risita.

—Hasta pasado mañana a las cinco, señor Werner.

Jacob colgó y Antón se quedó con el auricular en la mano, mirando estúpidamente a sus amigos.

CAPÍTULO 3

Y precisamente ese día, a las cinco en punto de la tarde, estaba lloviendo a mares.

El matrimonio Werner y sus compañeros de viaje, cada uno de ellos con su correspondiente equipaje, se encontraban agazapados bajo los paraguas. Mientras que a Norma y Cintia les parecía una situación muy divertida, los demás no pensaban lo mismo. Sobre todo Antón que comenzó a preguntarse si todo aquello no sería una broma de mal gusto. Y rezó para que no fuera así porque de otro modo, su querida esposa era muy capaz de pedirle el divorcio.

Si había algo que Úrsula odiase en este mundo, era hacer el ridículo.

—¡Creo que nos has metido en un buen lío! —explotó Archi de muy mal talante. Miró ceñudo a Antón—. En realidad, no sabemos nada de ese Jacob o como se llame.

—Es un amigo de Jack, nuestro mayordomo —respondió Antón —. Y eso es una garantía, ¿no?

A Jeferson le dio por reír a carcajadas.

Antón le miró furioso.

¡Aquel imbécil le removía las tripas!

—Si dentro de cinco minutos no ha aparecido nadie, nos volvemos a casa —oyó que le decía entre dientes Úrsula—. ¡Y si es así, no vuelvas a dirigirme la palabra en toda tu vida!

—Pero, nena…

—¡No me llames nena!

Tenían los pies calados y Archi comenzó a estornudar.

—¡Regresemos a casa! —explotó de pronto Úrsula.

Súbitamente algo apareció al fondo, de entre la cortina de agua. Eran dos automóviles.

Dos lujosos, elegantes y sombríos automóviles de color negro, de esos que intervienen en los cortejos fúnebres.

Avanzaban con lentitud, con los faros encendidos.

Por fin se detuvieron junto a los atónitos viajeros. Se abrió la portezuela de uno de ellos y Jacob se apeó de su interior. Llevaba un chubasquero que le iba grande y una cartera bajo el brazo.

—Lamento el retraso —se excusó.

—Estábamos a punto de irnos —respondió de mal humor Úrsula. ¿Y ahora qué?

—Entren en los coches —les dijo Jacob.

Un musculoso chófer con cara de bulldog se apeó velozmente y se hizo cargo del equipaje. Lo repartió entre los dos automóviles.

Jacob y Antón se metieron en el que se encontraba Úrsula secándose el agua de la cara con un pañuelo.

El dueño de la agencia «El Paraíso», abrió la cartera y sacó un documento.

Se lo mostró a Antón.

—¿Quiere firmarlo?

—¿Qué es?

—La póliza del viaje.

Antón le dio un vistazo.

—Pero aquí únicamente habla del precio. Tres mil quinientas libras. ¿Y el resto?

—El resto es secreto.

—Oiga, amigo… ¿No cree que está usted yendo demasiado lejos? Por lo visto, todo es secreto menos el dinero. ¿Por qué tengo que fiarme de usted?

—Porque ya es demasiado tarde para no hacerlo. Ya está todo en marcha, señor Werner.

—¿Qué es lo que está en marcha? —preguntó Úrsula evidentemente molesta—. ¿Quiere ser un poco más claro, señor Jacob?

—No puedo serlo, señora. El contenido del viaje es secreto. De otro modo, ya no tendría gracia.

—Al principio todo esto me pareció hasta divertido —dijo ella con una especie de gruñido—. Pero ahora no sé qué pensar.

—El señor Werner me dijo que deseaba usted unas vacaciones… distintas —afirmó Jacob—. Algo nuevo. Pues bien, yo se lo ofrezco por el módico precio de tres mil libras. Le aseguro, señora, que va a ser usted partícipe de una excitante aventura llena de sorpresas.

Úrsula observó a aquel hombre. Y no le gustó lo que estaba viendo. Había algo en él que le repelía, algo enigmático y desagradable. Pero naturalmente podía tratarse de una simple apreciación suya.

—De acuerdo —dijo finalmente ella—. Extiéndele el cheque, Antón.

Su marido obedeció sin rechistar. Jacob lo cogió, le echó un vistazo, sonrió ladinamente y se lo metió en la cartera.

Luego, dirigió una rápida mirada al matrimonio, se apeó del automóvil y después de cerrar la portezuela, se asomó por la ventanilla.

—El chófer les conducirá hasta el lago Wales. Allí encontraran dos barcas. Tendrán que remar hasta la otra orilla. Es en realidad en ese punto donde comenzarán el viaje sorpresa. ¡Buena suerte!

El coche arrancó. Antón miró por la ventanilla trasera y vio que el otro automóvil hacia lo mismo. Observó a su esposa. Úrsula parecía una estatua.

—Creo que nos has metido en un buen lío —dijo ella de pronto —. No quiero ni pensar cómo va acabar todo esto.

—Querida… tú deseabas algo nuevo… Insististe en ello. Yo he procurado complacerte.

Úrsula sorprendió al chófer observándoles a través del retrovisor. Había una extraña sonrisa en sus labios…

Aproximadamente quince minutos después de una larga y pesada marcha por un sórdido camino enfangado y paralelo a un siniestro bosque, llegaron al lago Wales.

Afortunadamente, había dejado de llover.

Los pasajeros se apearon de sus respectivos automóviles mientras los conductores iban en busca del equipaje. Lo depositaron en el suelo y desaparecieron rápidamente en el interior de los coches. Luego, sin despedirse siquiera, se alejaron y todo quedó sumido en el más absoluto silencio.

—Bien. ¿Y ahora qué tenemos que hacer? —preguntó Jeferson rompiendo aquel desagradable y tenso silencio.

—Hay que subir a esas barcas y remar hasta la otra orilla — respondió Antón—. Vamos.

—Y una vez allí, ¿qué? —quiso saber Archi.

—Nadie lo sabe… —respondió sombríamente Úrsula.

Antón, su esposa y Jeferson subieron a una de las barcas mientras el resto lo hacía en la otra.

Jeferson se apresuró a adueñarse de los remos. No cabía duda de que pretendía demostrar a Úrsula de lo que era capaz.

Poco a poco se fueron adentrando en el lago.

Sus aguas, quietas y sucias a causa de las recientes lluvias, ofrecían un inquietante aspecto.

Antón, sintió un escalofrío.

Los lagos le horrorizaban. Siempre había creído que bajo sus aguas anidaban extraños y monstruosos seres.

—No me gustaría, que precisamente ahora se pusiera a llover —comentó Norma desde la otra barca mirando en dirección al oscuro cielo—. Sería realmente espantoso.

—Me pregunto qué vamos a encontrar en la otra orilla —dijo Archi esforzándose en remar. Pero estaba visto que aquello no era lo suyo—. Antón, ¿no te parece que esta vez has ido un poco lejos?

—Yo no os he obligado a venir —respondió Werner de mal talante.

—Pues yo encuentro todo esto muy divertido —dijo Cintia mientras acariciaba el agua con la mano—. Por lo menos existe la emoción de lo desconocido, ¿no os parece?

—Hubiese preferido las Bahamas —dijo Norma.

Les quedaba aún un buen trecho para alcanzar la orilla, cuando se escuchó un trueno.

—¡Nos va a pillar la tormenta en pleno lago! —exclamó con fastidio Archi—. ¡Lo que faltaba!

—¿Quieres callarte de una vez? —Gruñó Jeferson—. ¡No haces más que protestar!

Comenzó a llover.

Primero fueron cuatro gotas pero luego, poco a poco, se convirtió en una tromba de agua.

Las mujeres abrieron los paraguas. Úrsula tuvo la gentileza de proteger con el suyo a Jeferson, dejando a su marido a merced de aquel diluvio.

Por fin alcanzaron la orilla.

Jeferson, ayudado por Antón, y Archi por su esposa Norma, ataron las barcas a sendos árboles. Después, recogieron el equipaje y se protegieron todos bajo los paraguas. Werner estaba temblando

de rabia porque todo salía mal. Al fin y al cabo, aquel viaje había sido idea suya.

—¡Silencio! —exclamó de repente Jeferson.

El resto dirigió la mirada hacia él.

—¿Qué pasa? —preguntó Archi.

—Alguien se acerca.

En efecto, a pesar de la intensidad de la lluvia se oyó un ruido. Era como si alguien se estuviera abriendo paso por entre la espesa maleza.

Alguien que resultó ser un jinete.

Se trataba de un hombre robusto, cubierto con una especie de hábito.

Su rostro, inexpresivo, asomaba por debajo de la capucha.

Después de observar con atención a los viajeros, exclamó:

—¡Síganme!

—¿A dónde? —quiso saber Archi.

Pero el jinete no respondió y siguió adelante con su caballo, un escuálido ejemplar moteado.

Antón vio de reojo que su esposa se cogía del brazo de Jeferson, como si tuviera miedo y quisiera protegerse en él.

«Tengo que vigilarles», se dijo con rabia. «No hay duda de que se gustan y eso es peligroso. ¡Maldita sea! Soy capaz de darle una buena lección a ese bastardo…».

El jinete les llevó por un tortuoso sendero que la lluvia había convertido en un auténtico barrizal.

—¡Por todos los diablos! —exclamó furiosamente Archi—. ¡Vaya unas vacaciones!

—Tenemos que agradecérselo a mi querido esposo —dijo Úrsula —. ¿No es verdad, Antón?

Werner no se sintió con ánimos de replicar. Su esposa tenía razón. Aquello era un verdadero desastre. Y le había costado tres mil libras. Pero algo le decía que la aventura no había hecho más que comenzar, que no todo iba a ser malo…

—¡Eh, mirad eso! —exclamó de pronto Cintia—. ¡Es maravilloso!

Se trataba de un castillo de estilo medieval. El puente levadizo fue descendiendo poco a poco.

El jinete se detuvo y volvió la cabeza para indicarles:

—Crucen ese puente. Alguien les estará esperando al otro lado.

Y después de pronunciar aquellas palabras se alejó a todo galope.

—¡Vamos! —exclamó con gran excitación Cintia—. ¿A qué estamos esperando? ¡Crucemos ese puente de una vez!

Lo hicieron pero muy despacio, como si temieran que el mismo fuera a derrumbarse.

Bajo el puente transcurría un estrecho canal de turbulentas aguas.

Después de dejarlo atrás, se encontraron en un amplio patio con soportales.

Y en efecto, tal como les había indicado el jinete, alguien les estaba esperando para dales la bienvenida.

Era un extraño individuo muy alto y delgado. Llevaba un atuendo parecido al de Drácula.

En la mano derecha sostenía una antorcha.

—¡Bienvenidos al castillo de la Muerte! —exclamó lúgubremente.

Norma soltó un grito de terror.

—Calma… —pidió Jeferson—. Seguramente se trata de alguna broma. ¿Verdad, amigo?

Pero aquel hombre guardó silencio y se limitó a observarles con sus pequeños y brillantes ojos.

—¡Yo me largo de aquí! —exclamó Archi—. Vamos, Norma.

Se dieron media vuelta y se encaminaron hacia el puente pero éste había comenzado a elevarse.

Haciendo acopio de fuerzas, Antón, se aproximó a aquel individuo.

—Oiga… supongo que todo esto forma parte del espectáculo, ¿verdad? Me refiero a que… bueno, usted ya me entiende. Se trata de alguna broma como ha dicho mi amigo, ¿no es cierto?

El extraño personaje siguió guardando silencio.

—Un momento —dijo de pronto Jeferson—. Fijaos en eso.

—¿A qué te refieres? —preguntó Úrsula.

—En la caía de ese tipo. No tiene ninguna expresión. Se diría que está *muerto*…

—¿Un muerto que *se sostiene de pie*? —masculló Archi.

Jeferson avanzó hacia él.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó alarmada Úrsula.

—¡El héroe! —explotó despectivamente Antón.

De repente, Jeferson se echó a reír a carcajadas.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —le preguntó Antón.

—¡No es más que un muñeco! —exclamó Jeferson.

Y para demostrarlo le dio un violento empujón.

Aquello se derrumbó al suelo con gran estrépito. El rostro se partió en dos y, a la altura de la boca, apareció un diminuto aparato de radio.

CAPÍTULO 4

Todos sabían que era un muñeco, pero no pudieron evitar el reprimir un escalofrío.

¿Qué significado tenía aquella farsa?

A Norma se le ocurrió decir:

—Todo esto me parece de muy mal gusto. De verdad, si llego a saberlo me quedo en casa.

—Mi esposa tiene razón —asintió Archi que se había ido recuperando poco a poco del susto—. Pero aún estamos a tiempo de volvernos.

—Calma —dijo Cintia que parecía la más entera de todos—. En realidad, ¿qué ha pasado? Alguien ha colocado ahí a ese muñeco para darnos un buen susto. ¿Y qué? Supongo que todo forma parte del juego. Ninguno de nosotros puede llamarse a engaño, ¿no? Sabíamos que éste iba a ser un viaje de vacaciones con sorpresa.

Para Antón, las palabras de Cintia significaron un gran alivio. Al menos sabía que tenía a alguien de su parte. Aquella criatura era realmente deliciosa y cada día estaba más enamorado de ella. No cabía duda de que era mucho más comprensiva y tierna que Úrsula aunque, muy a pesar suyo, seguía estando loco por su esposa.

—Bueno, ¿y ahora qué hay que hacer? —preguntó Jeferson mirando a sus amigos.

—Entremos en el castillo —respondió Antón echando a andar.

Tenía que dar ejemplo y mostrarse valiente.

Cruzaron el patio bajo una fina pero pertinaz lluvia para detenerse finalmente ante un portalón. Cuando Antón se disponía a abrirlo, una de sus hojas se puso en movimiento con un leve pero amenazador ruido a goznes oxidados.

—¡Yo no entro ahí! —exclamó Úrsula con firmeza.

—Ni yo tampoco —susurró atemorizada Norma.

—Está bien —les dijo Jeferson—. Quedaos aquí. Entraré solo.

—¿Por qué tú solo? —Gruñó Antón—. ¿Es que piensas que yo tengo miedo?

—Está bien, hombre. No te pongas así. ¿Nos acompañas, Archi?

—Si no hay más remedio…

Los tres hombres cruzaron el portalón. Lo primero que hallaron fue un vestíbulo escasamente iluminado. A un lado había una escalera que con toda seguridad conducía a las habitaciones de la primera planta. Había algunas armaduras, blasones y armas, trofeos y una enorme vitrina con pequeños animales disecados.

Antón descubrió un punto de luz al final de un largo corredor alfombrado.

—¿Qué habrá allí? —preguntó.

—Vamos a verlo —respondió Jeferson echando a andar.

Lo que había era un enorme y lujoso comedor con la larga mesa dispuesta para una suculenta cena. Había seis sillas alrededor de la misma.

Jeferson levantó la tapa de una de las bandejas.

—¡Pavo relleno!

—Y en esta hay verdura variada —dijo Antón.

—¡Y ternera!

—Por lo menos se trata de una sorpresa agradable —dijo Jeferson—. Voy en busca de nuestras respectivas mujeres. Supongo que se alegrarán de la noticia.

Antón se sentó en una de aquellas sillas y se sirvió una copa de vino. La apuró de un solo trago y a continuación encendió un cigarrillo.

Archi estaba de pie junto a la mesa, como petrificado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Antón.

—¿Me prometes que no se lo dirás a nadie?

—Claro que no.

—Tengo miedo.

—No creo que haya para tanto. Tómatelo como un juego.

—¿Crees que no lo he intentado? Antón, tengo un terrible presentimiento. Y no estoy hablando en broma, te lo aseguro.

—¿Un presentimiento?

Archi miró en derredor con recelo y dijo:

—Hay algo en este horrible lugar que me produce verdadero pánico. No sabría explicarte qué es. Flota en el ambiente… —Archi

miró en torno suyo—. Deberíamos largarnos de aquí cuanto antes.

—No podemos hacerlo.

—¿Por qué no?

—No somos nosotros los que tenemos que tomar esa decisión, Archi. Recuerda que éste es un viaje sorpresa. Todo está absolutamente programado por la agencia «El Paraíso» y son ellos los que marcan la pauta a seguir, ¿comprendes?

—¡A la mierda con esa agencia, Antón! —gritó Archi—. ¿Qué clase de vacaciones son éstas? ¡Maldita sea! Hasta ahora no ha ocurrido nada que fuera agradable sino todo lo contrario.

—Tú lo has dicho —replicó Antón sirviéndose otra copa de vino —. *Hasta ahora*. Esperemos a ver qué sucede más adelante, ¿no te parece? Siempre estamos a tiempo de volvernos atrás.

—Si es que podemos —dijo Jeferson que entraba en aquel momento en el comedor en compañía de las tres mujeres.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Antón.

—¡Mira a tu alrededor, estúpido! —exclamó rabiosamente Úrsula.

Su marido obedeció.

Nada le llamó la atención.

—¿No ves nada de particular? —Oyó que le preguntaba Norma.

—Pues no…

—¡Eres un perfecto idiota, Antón! —bramó Úrsula—. ¡Por todos los santos! ¡Me he ido a casar con un cretino!

—¡Úrsula, ya está bien! —protestó airadamente Antón.

—Calma —sugirió Jeferson—. No perdamos los nervios. Sería lo peor que podría pasarnos.

—Pero ¿se puede saber de qué diablos estáis hablando? —preguntó Antón.

—Mira hacia esa ventana —le dijo Norma.

—¿Qué hay de par… ti… cular…? —Antón se quedó sin voz.

La ventana tenía unos gruesos barrotes. Pero lo mismo ocurría con las demás. Con todas ellas, sin excepción.

—Me he dado cuenta cuando iba a buscarlas a ellas —dijo Jeferson—. Las que hay en el vestíbulo también tienen barrotes. Y las que hay en los dormitorios. No hay una sola ventana en el castillo que no tenga barrotes, Antón. Y hay más. El puente levadizo está cerrado. Y todas las puertas comunican con ese patio en el que

estábamos hace unos instantes. ¿Sabes lo que significa eso?

—¡Que estamos atrapados en este horrible lugar! —exclamó sombríamente Archi.

—Tú lo has dicho —asintió Jeferson—. *Estamos atrapados*… No hay escapatoria posible.

—Creo que le estáis dando mucha importancia a algo que no la tiene —dijo Cintia. La muchacha se había sentado a la mesa y estaba dando buena cuenta de un muslo de pavo.

—A lo mejor incluso lo encuentras divertido y todo —le recriminó Úrsula.

—Pues sí.

—¡Tienes un cerebro de mosquito! —vociferó Norma—. ¿Qué hay de divertido en saberse atrapado en un horrible lugar como éste?

—¿Y quién ha dicho que estemos atrapados? —preguntó tranquilamente Cintia—. Os gusta dramatizar. ¿Qué las ventanas tienen barrotes? Muy bien. ¿Por qué no? ¿Qué el puente levadizo está cerrado? ¿Y qué? Lo que yo pienso es que todo forma parte del juego. Quieren asustarnos. Ya lo han pretendido con ese horrible muñeco que había en el patio. ¿Y qué me decís de ese jinete que nos ha traído hasta aquí? ¿Eh? ¿Es que no os dais cuenta? Sólo quieren asustarnos. Y mientras no lo comprendáis así, lo vais a pasar mal. Muy mal.

Hubo una pausa.

—Creo que mi querida esposa tiene razón —dijo sonriendo Jeferson—. Tengo que reconocer que es la más sensata de todos nosotros. ¿Por qué no hacemos una cosa? Sugiero que cenemos y que vayamos a acostarnos. Estoy seguro de que mañana lo veremos todo de distinto modo…

—Incluso es posible que mañana nos vayamos de aquí —dijo alegremente Antón—. ¿Hacia dónde? ¡Ah! Nadie lo sabe. ¡Sorpresa! ¿No empezáis a encontrar todo esto la mar de divertido? Yo sí.

—Tú porque eres un; imbécil —escupió Úrsula.

—Os aseguro que este pavo está delicioso —dijo Cintia.

Se sentaron para cenar y durante un largo rato nadie movió la boca excepto para masticar.

—Hay que admitir que el menú no está nada mal —dijo finalmente Jeferson—. Nunca había comido un pavo relleno tan

exquisito.

—¿Quién habrá preparado la cena? —preguntó Archi.

Su pregunta quedó en el aire pues era evidente que nadie conocía la respuesta.

CAPÍTULO 5

Antón y su esposa se instalaron en un espacioso dormitorio cuyas ventanas daban al oscuro patio. Seguía lloviendo y el agua golpeaba los cristales.

Era un sonido suave, intermitente, agrandado por el intenso silencio que reinaba entre el matrimonio.

Úrsula se había sentado en una butaca, cerca de la chimenea donde por fortuna ardía un agradable fuego. Fumaba, con los ojos clavados en las llamas.

Antón, se encontraba a su lado, observándola sin atreverse a abrir la boca.

Era una situación realmente desagradable, que él se esforzó por aliviar en lo posible.

—¿Estás enfadada conmigo?

Ella le miró por fin.

—Eres realmente despreciable, Antón. Sabes lo poco que me gusta quedar en ridículo ante mis amigos. Lo sabes, ¿verdad? ¿Y qué haces por evitarlo? Organizar un absurdo viaje que no tiene el menor sentido. ¡Vaya sorpresa que has dado! ¡Que nos has dado a todos! ¿Qué piensas que están hablando de nosotros? ¿Eh? No quiero ni pensarlo.

—Lo siento. Yo creí que… pensé que…

Ella se puso en pie, bruscamente.

—¿Cuándo vas a enterarte que cada vez que piensas algo metes la pata? Tuviste la gran suerte de tener un padre rico y que te lo dejó todo al morir porque, de otro modo, habrías sido incapaz de abrirte camino en la vida. ¡Eres un maldito inepto, Antón!

—¿Por qué me tratas siempre tan duramente?

—¡Porque no te mereces otra cosa!

En aquel momento y por primera vez desde que se había casado con ella, Antón fue capaz de sentir un odio feroz hacia su esposa.

Pero sabía de sobras que era un sentimiento pasajero. Y así fue, en efecto, porque en cuanto la vio desnudarse, se formó un nudo en la boca del estómago y su odio se convirtió en deseo.

Recorrió con ardiente mirada las insinuantes curvas femeninas deteniéndose en los abultados y todavía erguidos pechos, en las caderas que él mejor que nadie sabía con qué ferocidad eran capaz de moverse, en los refinados prietos muslos, ligeramente rollizos, pero torneados y perfectos y que en tantas ocasiones se le habían abierto de par en par para ofrecerle el mejor de los placeres…

Se acercó hasta ella e intentó abrazarla, pero Úrsula se apartó bruscamente.

—¡No me toques!

—Eres mi esposa…

—¡Déjame!

Se quedó como un pasmarote viendo como su esposa se ponía el camisón y se metía en la cama.

—Si yo fuera Jeferson no me tratarías del modo como lo haces —se quejó él amargamente.

—Si tú fueras Jeferson no estaríamos aquí, Antón. Él tiene cerebro. Tú no.

—Te gusta, ¿eh?

—¡Vete al diablo!

Úrsula se dio media vuelta como dando a entender que ya no deseaba seguir hablando con él.

Antón abandonó el dormitorio dando un portazo.

Bajó por las escasamente iluminadas escaleras temblando de rabia, y diciéndose que el trato que le dispensaba su esposa desde hacía algún tiempo, era cruel e injusto.

En el comedor se sirvió una copa de *brandy* y se acercó con ella a la chimenea.

A lo lejos, casi imperceptiblemente, se escuchaba el

tic-tac

de algún reloj.

De todos modos, era posible que Úrsula tuviese algo de razón. Jeferson no la habría llevado allí. Él la habría llevado a un lugar más agradable, lujoso y cómodo. Ahora lo veía todo claro. Muy claro. Aquel viaje sorpresa no tenía ningún sentido. Era absurdo. Y no había hecho más que comenzar. ¿Qué les aguardaba más

adelante? A lo mejor alguna sorpresa mucho más agradable. Pero ¿y si no era así? No quería ni pensarlo.

Sus ojos recorrieron una por una todas las ventanas que había en el comedor. Aquellos barrotes no tenían ninguna justificación. ¿Por qué estaban allí?

Con la copa de *brandy* en la mano, se dedicó a recorrer el resto de las estancias. La biblioteca no era excesivamente grande, apenas había libros. Y los que había eran bastante antiguos. En cambio, el salón era muy amplio. Pero frío, escasamente acogedor. Y tanto en una como en otra estancia, las ventanas tenían barrotes.

Era inadmisible y desagradable.

Súbitamente oyó un ligero ruido a sus espaldas. Se volvió con gran rapidez, asustado.

Era Cintia.

La muchacha se había puesto una bata sobre el camisón y el escote mostraba la turgencia y generosidad de sus pechos. Llevaba los cabellos sueltos, sobre los hombros, como una cascada de oro.

—¿Te he asustado? —le preguntó ella.

—Un poco —sonrió Antón—. No podía dormir y he bajado a tomar una copa. ¿Te sirvo una?

—No, gracias. Antón, ya habrás visto que hasta ahora he procurado mantenerme serena y que he estado siempre de tu parte…

—Lo sé y te lo agradezco. Eres el único aliado que tengo en el grupo. Los demás, incluida mi querida esposa, me odian ferozmente por haberles embarcado en esta extraña aventura.

—Sin embargo, te confieso que empiezo a sentir miedo…

—No te lo reprocho.

—Pero es un miedo justificado, Antón.

—¿Qué quieres decir?

—Estás pensando lo mismo que yo. Te preguntas por qué hay barrotes en las ventanas y qué hemos venido a hacer a este horrible lugar, ¿no es cierto, Antón?

—Totalmente.

—Y para darte ánimos piensas que al tratarse de un viaje sorpresa, todo es posible y que puede llegar a suceder cualquier cosa.

—Así es, Cintia. Pero la idea ha dejado de entusiasmarme. Sobre

todo porque ignoro qué va a suceder mañana. Eso significa que la incertidumbre es ahora lo que más me horroriza.

—Y eso que no has visto lo que acabo de ver.

—¿De qué se trata?

—Sígueme.

Extrañado, Antón abandonó el salón detrás de Cintia. La muchacha despedía un agradable olor a perfume.

Cruzaron el vestíbulo en dirección contraria a la que se encontraba el salón.

—Lo he descubierto por casualidad —dijo Cintia—. No podía dormir y me he puesto a curiosear un poco. De repente, he visto esa puerta…

Se trataba de una puerta con poca altura. Para traspasarle, había que agacharse.

Bajaron por unos escalones estrechos, de madera, sinuosos.

La luz era apenas existente.

Abajo, había un corredor que parecía no tener fin.

—¿Y has sido capaz de bajar aquí tú sola? —le preguntó admirado Antón.

—Porque ignoraba lo que iba a encontrar.

Llegaron al otro extremo de dicho corredor y al ver lo que había allí, Antón se quedó sin habla.

Se trataba de una cripta fúnebre.

Una cripta con *seis* tumbas.

Y todas vacías.

—Ya lo ves, Antón —dijo quedamente la muchacha—. Son seis tumbas. Una para cada uno de nosotros.

—¡Calla!

Él se recostó contra la pared, pálido como un cadáver.

—Esto no tiene en menor sentido… —murmuró al cabo de un rato—. Salvo que se trata de otra broma de mal gusto…

—Yo quisiera creer lo mismo, pero ya no sé qué pensar. Este descubrimiento me ha impresionado mucho.

—¡Tiene que ser otra broma, Cintia!

—Eso espero…

Antón la miró.

—Esto no puede seguir así —dijo resueltamente—. Mañana mismo llamaré por teléfono a ese hijo de perra de Jacob y le pediré

que cancele el viaje. Y además, le demandaré por daños y perjuicios. ¡Le voy a enviar a la cárcel!

—Creo que es lo mejor que puedes hacer, Antón.

—De todos modos es mejor que no alarmemos a los demás. No es necesario que les digamos lo que hemos encontrado. ¿No te parece?

—Lo que tú digas.

Él se aproximó a la muchacha.

—Eres una gran mujer, Cintia… —Las manos di Antón acariciaron los largos y rubios cabellos de ella—. No comprendo por qué te casaste con Jeferson. No merece tener una esposa como tú.

De repente, en un acto casi heroico, la atrajo hacia él y la besó furiosamente en los labios. Luego la observó, temeroso. Esperaba que ella le reprochase lo que acababa de hacer pero no sucedió tal cosí; ni siquiera cuando Antón, encrespado y dominad por el deseo, acarició sus pechos.

Antón vio que Cintia se despojaba de la bata que le ofrecía su maravilloso cuerpo.

Hicieron el amor de pie, contra la pared, sí; importarles lo más mínimo la presencia de aquella seis horribles tumbas.

Más tarde, cuando Antón regresó a su dormitorio, se sentía feliz y satisfecho por lo que acababa de suceder.

No se había engañado lo más mínimo al juzgar a Cintia. Era terriblemente ardiente hasta el extremo de que se vio obligado a taparle la boca para que su orgasmo no se escuchase más allá de los muro de la cripta.

Se desnudó y se metió en la cama.

Úrsula estaba durmiendo plácidamente.

Pero al rozarla, Antón descubrió que estaba fría.

Excesivamente fría.

Encendió la luz y la miró.

Tenía los ojos muy abiertos, como el que y algo terrible, espantoso.

Y desde luego, estaba muerta.

CAPÍTULO 6

El grito que profirió Antón hizo temblar los cimientos del castillo.

Rápidamente aparecieron sus amigos y le sorprendieron abrazado a Úrsula, llorando desconsoladamente.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó alarmado Archi.

—¡Está muerta! —gimió Antón—. ¡Muerta!

—Santo cielo. —Norma se derrumbó en una silla—. No es posible…

Antón notó que alguien colocaba una mano sobre sus hombros y al levantar la cabeza vio que se trataba de Cintia. En aquel momento, sintió un profundo arrepentimiento al pensar que posiblemente su querida esposa había muerto mientras él le estaba haciendo el amor a la mujer de Jeferson.

—Habrá sufrido un ataque al corazón… —dijo Archi.

—¡Dios mío! —exclamó con desesperación Antón—. ¡Toda la culpa es mía! ¡No debí arrastrarla a esta estúpida aventura!

—Su mirada… —dijo entonces Jeferson.

A continuación se hizo un tenso silencio.

—Fijaos en sus ojos —insistió Jeferson—. ¿Por qué están tan desmesuradamente abiertos? Se diría que antes de morir ha visto algo terrible…

—¡Calla, por favor! —le pidió Norma—. No creo que sea el momento de decir esas cosas.

—Tiene razón —dijo Antón incorporándose—. Por una vez tiene razón. Estoy de acuerdo con él. Esa mirada no es normal… ¡No, no lo es!

Cintia se apresuró a cerrar los ojos de Úrsula.

—Así está mucho mejor.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Archi—. Porque habrá que hacer algo…

—Supongo que tendremos que llamar a la Policía —dijo Norma —. ¿No os parece?

—¿A la Policía? —Jeferson se revolvió—. ¿Por qué?

—No sé —dijo Norma—. Es lo único que se me ocurre. La verdad es que es la primera vez que me encuentro en una situación parecida.

—Creo que es lo más sensato —dijo Archi.

—¡Mataré a ese Jacob! —rugió Antón—. ¡Juro por Dios que le mataré con mis propias manos!

—Él no tiene culpa —intervino tranquilamente Jeferson—. La culpa es tuya por haberte dejado embaucar.

Aquella acusación encolerizó de tal modo a Antón que saltó sobre el marido de Cintia como una fiera y le golpeó a ciegas hasta derribarle al suelo. Y habría continuado pegándole a no ser por la rápida intervención de Archi que consiguió separarles después de ímprobos esfuerzos y de recibir alguna que otra tarascada.

—¡Os estáis comportando como dos niños! —gritó Norma—. Y no creo que éste sea el momento más indicado… ¡Dios santo! ¡Estamos delante del cadáver de la pobre Úrsula!

—Voy a llamar a la Policía —dijo Cintia disponiéndose a abandonar la habitación.

—¡Espera! —le ordenó su marido.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó ella con fastidio.

—Es inútil que llames a nadie.

—¿Por qué?

—¡No hay un solo teléfono en todo el castillo!

Intercambiaron sus miradas, entre sorprendidos y furiosos.

—¿Estás seguro? —le preguntó Antón.

—Lo he comprobado personalmente. Las ventanas tienen barrotes, el puente levadizo está cerrado, todas las puertas dan al patio y no hay teléfono. ¿Sabéis que significa eso? Que estamos completamente atrapados, que no hay salida… salvo que alguien venga a sacarnos de aquí.

Se hizo un profundo silencio.

Nadie recordaba en aquel momento que se encontraban ante un cadáver, sólo pensaban en su propia situación.

Una situación que comenzaba a ser realmente inquietante y hasta morbosa y, por si fuera poco, Úrsula había muerto en extrañas

circunstancias.

—¡Hay que hacer algo! —exclamó con desesperación Archi.

—Tiene que haber algún mecanismo que ponga en movimiento el puente levadizo —razonó Norma.

—¡Es verdad! —exclamó su marido—. ¿Por qué no se nos habrá ocurrido antes? ¡Vamos a buscarlo!

—Id vosotros —dijo Antón—. Yo prefiero quedarme aquí, con ella…

Cuando se quedó a solas con su mujer, Antón se puso a llorar como un niño. Ahora lamentaba hasta lo más hondo de su corazón haberla traicionado con Cintia. Jamás se lo perdonaría. Úrsula había sido siempre una esposa fiel…

Acarició su frío rostro, sus cabellos, y la besó en la helada boca.

Entonces, se le antojó absurdo que hubiera muerto de muerte natural. Ella era joven, su corazón estaba en perfectas condiciones. Así lo había certificado el doctor Henkins cuando dos meses antes había ido a su consulta para una revisión rutinaria.

Pero, entonces, ¿cuál había sido la causa de la muerte de su esposa?

De repente, recordó con desagrado sus ojos desmesuradamente abiertos, aquella mirada perdida y aterrorizada…

¿Por qué?

¿Habría visto algo tan horrible que le había podido provocar la muerte?

¿Qué podía ser?

Antón dio un detenido vistazo alrededor suyo buscando alguna explicación lógica.

Pero no vio nada que llamara su atención… exceptuando aquel cuadro que estaba delante de él y que colgaba de la pared ligeramente ladeado.

Juraría que la última vez que lo vio no estaba de aquel modo.

Se dirigió hacia el mismo y lo estuvo contemplando antes de decidirse a descolgarlo.

Súbitamente, la pared se puso en movimiento hasta dejar al descubierto una escalera.

Una escalera que conducía a un oscuro sótano…

CAPÍTULO 7

Estaban desolados.

No habían podido dar con el mecanismo que pusiera en marcha el puente levadizo.

—¡Lo echaremos abajo! —gritó Archi.

—¿Con qué? —preguntó airadamente Jefferson—. ¿A puñetazos? ¿Te has fijado en el grosor que tiene?

—¡Estoy a punto de volverme loca! —exclamó Norma—. ¡Por todos los santos del cielo! ¡Tiene que haber algún medio de salir de aquí!

—Supongo que sí —dijo Cintia—. Pero creo que será mejor que lo busquemos mañana. Con esta oscuridad es imposible ver nada.

—Tienes razón… —asintió Jefferson—. Volvamos adentro.

Regresaron al interior del castillo y subieron al dormitorio de los Werner.

Pero únicamente estaba ella.

Antón había desaparecido.

—¿Dónde diablos se habrá metido? —preguntó Archi.

Jeferson fue el primero en ver aquel hueco en la pared.

—¡Mirad eso!

Se acercó allí.

—¡Antón! —llamó.

Pero no obtuvo ninguna respuesta.

—Hay que bajar —dijo después, volviéndose hacia los demás.

—Yo no bajo, gracias —afirmó Archi retrocediendo.

—Lo siento, pero yo tampoco —dijo Norma—. Estoy… Estoy muerta de miedo. No puedo más.

—¡Pero puede haberle ocurrido algo! —exclamó Cintia—. ¡Oh, sois una pandilla de cobardes!

Se disponía a bajar las escaleras pero su marido la retuvo.

—Iré yo.

—Te acompaño.

—No. Tú te quedas aquí con los demás.

Alumbrándose con la llama de su encendedor, Jeferson comenzó a bajar las escaleras. Allí dentro olía de un modo raro y desagradable.

—¡Antón!

Silencio.

Al final de la escalera había un estrecho pasadizo. Jeferson siguió por él mientras se preguntaba por qué estaba haciendo todo aquello por un tipo al que odiaba. Antón jamás le había caído bien. Envidiaba su suerte. Porque era suerte tener tantos millones sin haber hecho nada por merecerlos y haber poseído una mujer como Úrsula.

—¡Antón!

Súbitamente se detuvo.

Había un boquete en el muro.

Introdujo la llama del mechero en su interior y lo que vio le heló la sangre.

Había por lo menos media docena de esqueletos sujetos a gruesas cadenas.

Retiró la llama, respirando entrecortadamente, y se recostó en la pared.

Su corazón latía con extremada fuerza.

Toc… toc… toc… toc…

«Calma, Jeferson», se dijo. «No son más que esqueletos. Esto debía ser un calabozo o algo parecido y los dejaron morir como castigo por algo que hicieron… Calma, calma…».

Pero y Antón, ¿dónde estaba?

Volvió a llamarle.

Sin embargo, no obtuvo ninguna respuesta.

Miró en dirección al trecho de pasadizo que aún le quedaba por recorrer.

Y decidió no seguir adelante.

No, no estaba dispuesto a dar un solo paso más por aquel individuo.

De repente, vio una diminuta llama avanzando hacia él.

Procedía del otro extremo del pasadizo.

—¿Antón? —llamó Jeferson.

—Sí, soy yo.

—¿Dónde diablos te habías metido?

—Salgamos de aquí.

Una vez de regreso a la habitación. Antón se tomó un pequeño respiro antes de comenzar a hablar.

—Ahí abajo no hay más que catacumbas.

—¿Qué? —preguntó alarmado Archi.

—Lo que oís.

—Yo he descubierto unos esqueletos —dijo Jeferson.

Norma estaba terriblemente pálida.

—¡Os lo podíais haber callado!

—Hay que hacer frente a la realidad —dijo Antón con amargura —. Y la realidad es que mi esposa ha muerto en unas circunstancias muy extrañas y que ahí abajo está sembrado de cadáveres.

—¡Por Dios, Antón! —gritó Norma—. ¡Cállate!

—¿Cómo has descubierto el pasadizo? —le preguntó Jefferson.

Antón se lo contó.

—Será mejor que cerremos esa entrada —dijo Archi apresurándose a mover el cuadro.

La pared volvió a ponerse en movimiento hasta ocultar completamente el pasadizo.

—Ahora me siento mucho mejor —respiró aliviado Archi.

Se quedaron los cinco en silencio, tensos, sin saber qué hacer ni qué decir. Antón dirigió una tierna mirada hacia su esposa.

Parecía dormida.

Pero estaba muerta.

¡Muerta!

No pudo reprimir un gemido.

Sus amigos le miraron sin saber realmente qué decirle.

—Pronto se hará de día —dijo Jeferson—. ¿Por qué no intentamos dormir un poco?

—Creo que es una buena idea —dijo Norma—. Y en cuanto se haga de día, buscaremos el modo de salir de aquí.

—¡No creo que haya ninguno! —afirmó de pronto lúgubremente Antón—. ¡Estamos atrapados! ¡No podemos salir!

—¡Oh, vamos, no digas eso! —le consoló Cintia—. Es absurdo. Tiene que haber alguna salida.

—Me voy a descansar un rato —dijo Jeferson—. ¿Vienes, Cintia?

Dejaron a solas a Antón con el cadáver de su esposa.

Se sentó, abatido, en una butaca y miró hacia ella.

Cada vez estaba más seguro de que su muerte no se había producido por causas naturales.

¡Úrsula había debido ver algo que le había causado un tremendo shock*!*

Pero ¿qué?

A lo lejos se escucharon cinco campanadas…

«Un *shock* mortal», pensó Antón.

Se había llevado el secreto de su muerte con ella…

«¿Y ese ruido que se oye ahora? ¿A qué se debe? ¿De dónde viene, Antón? Porque no se trata de figuraciones mías… El ruido existe… Es como si *alguien arrastrase unas cadenas al andar*…». Rack… rack… rack…

CAPÍTULO 8

Jacob se presentó en la «Posada del Pirata Cojo» con bastante mal humor. Le fastidiaba tener que hacer aquel viaje desde Londres, largo y aburrido, para solventar algo que ya tenía que estar resuelto. Él tenía otras cosas en las que pensar como por ejemplo buscar nuevos clientes para sus famosos viajes sorpresa. Pero estaba visto que sus colaboradores eran unos ineptos…

El local estaba en las afueras de Point-on-Wale, una pequeña aldea cerca del lago Wales. Era una barraca pero a la que acudía mucha gente porque se vendía un buen vino de la comarca, vino al que su colaborador de la zona, Marcus Peabody, era muy aficionado. Excesivamente aficionado.

El dueño de la barraca le dijo a Jacob donde podía encontrar a Marcus. Estaba en el altillo, desnudo de cintura para abajo, despatarrado y borracho como una cuba. A su lado, Molly, la camarera de la Posada, estaba como Dios la trajo al mundo, tan borracha como su pareja y balbucía palabras ininteligibles. Era un espectáculo realmente deprimente. Jacob le dio con la cartera en el rostro a Marcus y éste pegó un salto. Al ver que se trataba de su jefe, forzó una ridícula sonrisa.

—Hola, señor Jacob…

—¿Dónde están mis clientes?

—¿Qué… qué clientes?

—¡Los que condujiste al castillo, imbécil!

En efecto, Marcus Peabody era el jinete que había llevado a Antón Werner y sus amigos hasta el castillo. Jacob le pagaba para que lo hiciera. Era una especie de guía turístico de aspecto siniestro que quedaba muy bien y que solía impresionar a los clientes.

Marcus se sentó pesadamente en la cama y Molly, abrió los ojos. Al ver a Jacob, dejó escapar un gritito de pudor y se cubrió con la sábana.

—Déjeme que le explique, señor Jacob… —dijo Marcus mesándose los cabellos—. Vera… es que… bueno, no sé cómo decírselo…

—¡No hace falta que digas nada, Marcus! —gritó Jacob—. ¡Sólo hay que verte! Les has dejado encerrados allí, ¿no es cierto?

—Me temo que sí… Anoche vine a tomar unas copas a la Posada… y bebí más de la cuenta… luego me lié con Molly… Lo siento, señor Jacob…

—¿Sabes dónde tendrían que estar ahora esos clientes, maldito imbécil? ¡En Southampton a bordo de un barco! ¿Y dónde están? ¡Encerrados en el castillo! ¿Y todo por qué? ¡Porque el idiota de mi colaborador se ha emborrachado! ¿Qué es lo que pretendes? ¿Arruinar mi negocio?

Marcus se puso en pie y comenzó a vestirse apresuradamente.

—Ya le he dicho que lo siento, señor Jacob. Vamos a sacarles de allí.

—¿Y qué hago ahora con ellos? ¿Eh? ¡El barco que tenían que tomar en Southampton ya ha zarpado! Ahora tenemos que esperar hasta mañana.

—Pero habrá que sacarles de ese castillo, ¿no?

Se dirigieron al castillo en el coche de Jacob. Era un tortuoso camino convertido en un barrizal a causa de las últimas lluvias. Jacob estaba visiblemente nervioso. Aquélla era la primera vez desde que tenía la agencia que le pasaba algo parecido. Si sus clientes decidían presentar una demanda por daños y perjuicios, iba a pasarlo mal, tan mal que a lo mejor se vería obligado a cerrar el negocio para poder atender a dicha demanda.

Se apearon del coche y se encaminaron rápidamente hacia el castillo. Al llegar junto al canal se detuvieron y Marcus se puso de cuclillas. Levantó una tapa metálica que había entre la maleza y tiró hacia abajo de una pequeña palanca.

En ese preciso momento el puente levadizo tenía que haberse puesto en movimiento.

Pero no lo hizo.

—¿Qué diablos ocurre ahora? —Gruñó Jacob.

—Veremos —respondió Marcus mientras accionaba de nuevo la palanca.

El puente siguió inmóvil.

—¡Lo que faltaba! —gritó Jacob dando una patada a una piedra —. ¡El mecanismo del puente se ha estropeado!

—Teníamos que haberlo reparado hace mucho tiempo —dijo Marcus—. Se lo advertí, señor Jacob. Le dije que algún día podía pasar lo que acaba de suceder.

—¡Pero yo no puedo pensar en todo, maldita sea! Bien, repáralo.

—No es tan fácil.

—¿Qué?

—Quiero decir que yo no sé hacerlo y que la persona que puede hacerlo, es decir Tim
O'Brian,
el cerrajero, está enfermo.

—Un momento… —Jacob se puso muy pálido—. No irás a decirme que no puedo sacar a mis clientes de ahí dentro hasta de ese Tim
O'Brian
se ponga bueno.

—Hay otra solución.

—¿Cuál?

—Traer otro cerrajero. Aunque me temo que no va a ser tan fácil. Hoy es sábado y hacen fiesta… De todos modos, puedo probar de traer a Billy Murphy. Es el cerrajero de Tilton-on-Wale.

—Pero eso está a ocho millas de aquí.

—Y no es seguro que quiera venir…

—Marcus… —dijo Jacob entre dientes—. Lo único que sé es que hay que sacar a esa gente de ahí. ¡Un momento! Tiene que haber otro mecanismo en el interior, ¿no es cierto?

—Lo hay. Se encuentra en el suelo, cerca del puente, bajo una tapa como ésta.

—Entonces, no hay por qué preocuparse. Les diremos que lo pongan en marcha ellos.

—¿Y cómo se lo va a decir, señor Jacob?

—Por teléfono.

—¿Qué teléfono? No hay ningún teléfono en el castillo.

—¡Es cierto! ¡Maldita sea! Lo había olvidado…

—No nos queda otro remedio que gritar. Pero tendremos que hacerlo con fuerza, con mucha fuerza. Fíjese en la distancia que nos separa del castillo y en esos muros tan gruesos. Además, está el

ruido que hace el agua de ese canal…

—Marcus, ¿estás completamente seguro de que no hay ningún modo de entrar en el castillo?

—El único es el puente levadizo. Se lo advertí cuando hicimos el trato.

—Bien, vamos a hacer una cosa. Intentaré ponerme en contacto con esa gente. Mientras, tú ve a buscar a ese cerrajero de Tilton-on-Wale.

—Pero no le aseguro que vaya a venir.

—¡Tienes que convencerle, Marcus!

—El único modo posible de convencerle es dándole una buena gratificación.

—¡Se la daré! —grito Jacob—. ¡Pero ve a buscarle de una maldita vez! Llévate mi coche.

CAPÍTULO 9

—¿Habéis oído eso? —preguntó Archi con una tostada en la mano.

Él, su esposa Norma, Jefferson y Cintia, se encontraban en la cocina, desayunando. Afortunadamente, habían encontrado una despensa bien provista de alimentos.

—Parece que alguien estuviera dando gritos —dijo Cintia.

—Salgamos —propuso Jeferson.

Acudieron al patio y una vez allí pudieron escuchar con toda nitidez los estentóreos gritos de Jacob.

—¡Señor Werner!

—¿Quién llama? —gritó a su vez Jefferson.

—¡Jacob, de la agencia «El Paraíso»! ¿Me están oyendo?

—¡Perfectamente! ¿Se puede saber qué diablos está pasando?

—¡Ha habido un pequeño fallo, señor Werner…!

—¡No soy Werner! ¡Oiga, amigo! ¡Queremos salir de aquí!

—¡Lo sé, lo sé! ¡Y créanme que lo lamento! ¡Pero ha ocurrido algo imprevisto! ¡Se ha averiado el mecanismo que pone en movimiento el puente!

—¿Y ahora qué va a pasar?

—¡Junto al puente, en el suelo, bajo una tapa metálica, se encuentra el otro extremo del mecanismo! ¿Lo ven?

—¡En efecto! ¡Aquí está la tapa metálica!

Jacob gritó:

—¡Ábrala y haga funcionar la palanca!

Jeferson se apresuró a obedecer pero no consiguió ningún resultado.

El puente permaneció inmóvil.

—¡No funciona! —gritó muy contrariado Jefferson.

—¡Está bien, no se preocupen! ¡Mi socio ha ido a buscar un cerrajero! ¡Tengan un poco, de paciencia!

—¡Esto le va a costar muy caro, señor Jacob! —gritó Archi—. ¡Le vamos a demandar por daños y perjuicios!

—¡Lo lamento tanto como ustedes! ¡En realidad, ésta ha sido la primera vez en mucho tiempo que ha fallado el mecanismo! ¡Lo lamento, le doy mi palabra de honor!

—¡Váyase a la mierda! —chilló Archi.

—¡A lo mejor hay alguna salida secreta! —vociferó Jeferson.

—¡Lamentablemente no es así! ¡El único modo de entrar y salir del castillo es por el puente levadizo! ¡Pero les repito que pronto estarán fuera!

—¡Tiene que darse prisa en arreglar la avería! —gritó otra vez Jeferson—. ¡Aquí dentro tenemos un cadáver!

Se hizo un corto silencio.

—¿Un qué? —Se escuchó de pronto.

—¡Un cadáver! ¡La esposa del señor Werner está muerta!

Volvió a hacerse un tenso silencio.

Estaba claro que el señor Jacob había quedado impresionado por la noticia.

—¡Lo lamento mucho! —gritó de repente el dueño de la agencia con significativo temblor en la voz—. ¿Qué ha pasado?

—¡No lo sabemos exactamente! ¡Es posible que se haya tratado de un ataque al corazón!

—Voy a ver qué hace Antón —dijo Cintia echando a andar hacia el interior del castillo—. De paso le diré que pronto nos van a sacar de este horrible lugar.

Lo encontró hundido en la butaca, con la barbilla sobre el pecho y tan pálido como su propia esposa. Al cadáver le bañaba un ligero resplandor de sol y bajo sus ojos se había formado un extenso círculo violáceo.

—Antón…

Él levantó la cabeza.

Cintia le puso una mano en el hombro y le contó lo que había ocurrido.

Una extraña sonrisa apareció en los resecos labios de Antón.

—*Nunca* saldremos de aquí, Cintia —dijo con voz ronca—. ¡Nunca!

—¿Qué estás diciendo, Antón?

—Somos *sus* prisioneros…

—Estás desvariando, Antón…

—¡No! —Cogió una mano de la muchacha y clavó sus desquiciados ojos en ella—. *¡Los he estado oyendo durante toda la noche!*

—¡Antón!

—¡No te miento, Cintia! —Él se puso en pie y señaló temblorosamente con un dedo en dirección a dónde se encontraba la entrada secreta que conducía a las catacumbas—. He oído sus pisadas, sus murmullos… ruido de cadenas… ¡Es cierto, Cintia! ¡Tienes que creerme!

—Pero ¿de qué estás hablando, Antón?

—*¡De ellos! ¡De los cadáveres que hay en esas catacumbas!*

Ella le miró fijamente, aturdida. No cabía ninguna duda de que la muerte de Úrsula le había trastocado.

—No me crees, ¿verdad? —le preguntó él—. ¡Contesta!

—Antón… lo que creo es que estás pasando por un mal momento y es lógico… Tu mujer ha muerto, yo lo entiendo perfectamente… Pero tienes que sobreponerte y…

—¡Cállate! —bramó Antón—. ¡Sé lo que me digo! No creas que me he vuelto loco, no… ¡Los he oído!

—¿A quién has oído? —preguntó Archi que entraba en aquel momento en la habitación.

Cintia le hizo un significativo gesto con la cabeza como dándole a entender que Antón no sabía lo que decía. Pero éste captó perfectamente el gesto de la muchacha.

—¡Dejadme solo! —gritó—. ¡Fuera! ¡Largaos de aquí!

Cintia y Archi obedecieron.

Antón se pasó la punta de la lengua por los labios. Aquellos idiotas no le tomaban en serio. Miró en dirección a su esposa. Su hermoso rostro había adquirido un espantoso color ceniza, sus labios estaban amoratados. Oyó ruido a sus espaldas y se volvió. Jeferson estaba frente a él.

—¡Vete! —le gritó Antón.

—Te ruego que te calmes, Antón. Cintia me ha contado lo que te ocurre…

—¡No me ocurre nada!

Jeferson no tuvo el valor suficiente para mirar el cadáver de Úrsula, así que se colocó de espaldas a ella y se enfrentó a su

marido. No estaba dispuesto a permitir que aquel loco sembrase el pánico en los demás.

—Vamos a salir muy pronto de aquí, Antón —le dijo—. Ahí afuera está el idiota de Jacob. Lo que ha ocurrido es que se ha estropeado el mecanismo del puente levadizo pero pronto vendrán a arreglarlo. Por lo tanto, conviene que conservemos la sangre fría. ¿De acuerdo?

—Me estás hablando como si yo fuera un pobre imbécil. Y no te lo permito. Entre otras razones porque cuando le he dicho a Cintia que he oído ruidos y murmullos ahí abajo, le he dicho la verdad. No lo he soñado, no es ninguna pesadilla, Jeferson… no me he vuelto loco ni la muerte de Úrsula me ha trastocado. ¡Tenéis que creerme, maldita sea!

—Antón, los muertos no se levantan de sus tumbas…

—¿No?

—¡No, maldita sea! —gritó Jeferson empezando a perder la calma—. Simplemente has perdido los nervios, y eso es comprensible…

—Entonces, dime de qué ha muerto mi esposa.

—No soy médico para saberlo, Antón. Pero posiblemente de un ataque al corazón.

—Ella tenía el corazón en perfectas condiciones. Su muerte no se ha debido a una causa natural, sino *sobrenatural*…

—¿Qué quieres decir?

—¡Está bien claro! *¡Ellos entraron en esta habitación y Úrsula les vio!* ¡Fue la impresión lo que causó su muerte, Jefferson!

—No sabes lo que dices… Está bien, puedes pensar lo que quieras. Lo cierto es que pronto vamos a abandonar este maldito lugar y acabará todo.

—Se lo he dicho a Cintia y te lo digo a ti, Jeferson. ¡Nunca podremos salir de aquí! ¡Jamás! ¿Es que no lo comprendes? ¡Han sido *ellos* los que han provocado ésa avería en el puente levadizo! ¡Han sido ellos los que han barrado las ventanas!

—¡Cállate! ¡No sabes lo que estás diciendo!

Jeferson abandonó precipitadamente la habitación y se reunió con los demás en el salón.

Mientras les contaba su conversación con Antón, se sirvió un *brandy* que luego apuró de un solo trago, nerviosamente. Encendió

un cigarrillo y se puso a dar paseos por el salón.

—Definitivamente se ha vuelto loco —dijo—. ¡Sí, rematadamente loco! La muerte de Úrsula le ha impresionado mucho más de lo que nadie podía imaginar. Supongo que estaréis de acuerdo conmigo, ¿no?

—Por supuesto —asintió Archi.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Norma.

—Nada —respondió Jeferson—. No podemos hacer absolutamente nada hasta que nos saquen de aquí. ¿Se ha sabido algo más de ese imbécil de Jacob?

—No —respondió Archi—. Pero supongo que debe de seguir ahí fuera esperando a que llegue el cerrajero.

—¡Menudo viaje sorpresa! —Gruñó Jeferson preparándose a servirse otro trago—. La pobre Úrsula muerta y su marido medio loco. Voy a llevar a Jacob a los Tribunales. Ahora iré a hablar con él.

Jeferson salió al patio dispuesto a terminar de una vez por todas con aquella situación.

—¡Señor Jacob! ¿Sigue ahí?

—¡Sí!

—¿Se sabe algo del cerrajero?

—Todavía es pronto. Habrá que esperar una hora por lo menos.

—¡Pronto se hará de noche!

—¡Sí, es lo que estoy viendo! Pero no importa. Lo arreglaremos de todos modos.

—Eso espero…

Jacob se sentó en una piedra y encendió su inseparable pipa. Luego, se dispuso a esperar la llegada de su socio y del cerrajero.

Lamentaba profundamente lo que estaba ocurriendo al otro lado de aquellos muros. Algo que sin duda era la primera vez que sucedía desde que tenía la agencia y que por supuesto no beneficiaba en nada el buen nombre de su negocio. ¡Había tenido verdadera mala suerte! Irle a pasar precisamente con un hombre tan influyente como Antón Werner…

Muchos habían sido los clientes que se habían hospedado en el castillo y todo había funcionado siempre a las mil maravillas. A mucha gente le gusta la intriga y la emoción, los lugares misteriosos y enigmáticos. En una palabra, un poco de emoción fuerte y distinta

a la acostumbrada.

Consultó su reloj.

Eran las seis y media de la tarde. Aquel estúpido de Marcus Peabody se estaba retrasando más de la cuenta. A lo mejor había sufrido algún accidente con el coche.

De repente le vio llegar.

El automóvil daba brincos y se detuvo con un seco frenazo.

Marcus se apeó. Pero no le acompañaba nadie.

Jacob se puso lívido.

—¿Dónde está Billy Murphy? —tartamudeó.

—No ha querido venir.

—¿Qué?

—No ha habido forma de convencerle. Ya le advertí a usted que…

—¡Cierra el pico! —gritó Jacob fuera de sí. Se mesó los cabellos, desesperado—. ¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Pues no lo sé.

—¡Hay que hacer algo, Marcus! —chilló Jacob dando una patada en el suelo—. ¡No podemos dejar a esa gente encerrada en el castillo! Además, hay un cadáver…

—¿Qué?

—La señora Werner ha muerto.

—Vaya contratiempo. Señor Jacob, se me ocurre una idea.

—Adelante con ella.

—Podríamos intentar escalar ese muro utilizando una escalera.

—¿Te has fijado lo alto qué es? ¿Tienes alguna escalera que pueda llegar hasta arriba?

—Yo no, pero sí el señor Whiteford.

—¿Y quién es ese señor?

—El jefe de bomberos de Point-on-Wale. Es amigo mío.

—¡Ni hablar!

—¿Por qué no?

—Usa la cabeza, imbécil. ¿Acaso tenemos permiso oficial para utilizar el castillo? ¿Eh?

—Pues…

—¡No lo tenemos! ¿Qué pretendes? ¿Qué el asunto llegue a oídos de la Policía? ¡Sólo faltaría eso!

—Entonces no veo el modo de sacar a esa gente de ahí dentro

hasta que el cerrajero de Point-on-Wale se ponga bueno. Con Tim O'Brian
no habría ningún tipo de problema pero está enfermo. ¡Vaya mala pata!

—¡Santo cielo! —exclamó con desesperación Jacob—. ¿Qué podemos hacer? Esto me va a costar muy caro, Marcus. Muy caro. Puede ser mi ruina.

—¡Señor Jacob! —Se oyó de pronto desde el otro lado del alto muro del castillo. Era la voz de Jeferson—. ¿Ha llegado ya el cerrajero?

—¡Todavía no!

Se hizo un prolongado silencio. Jacob dejó escapar un bufido y miró a su socio.

—No podía decirles que no ha querido venir…

Jacob volvió a tomar asiento en la piedra.

—Y lo peor es que está anocheciendo —murmuró con abatimiento.

CAPÍTULO 10

Estaban los cuatro en el salón, pensativos. Se había hecho de noche y seguían en el castillo prisioneros.

—¡Ese hijo de puta de Jacob nos la ha jugado buena! —exclamó de pronto Archi—. Está claro que no ha conseguido a nadie para que arregle la avería del puente.

—Y mañana es domingo —recordó Norma—. ¿Habéis pensado en eso?

—Estoy viendo que tendremos que quedarnos aquí encerrados hasta el lunes —murmuró Jeferson—. Cuando salga mataré a ese Jacob.

—¿No habéis pensado en una cosa? —le preguntó Cintia.

Los demás la miraron.

—¿A qué te refieres? —le preguntó su marido.

—Al cadáver de Úrsula. Habrá que hacer algo con él, ¿no os parece? No puede estar arriba hasta el lunes.

Norma estaba demasiado aturdida para dar ninguna idea y preguntó:

—¿Y qué podemos hacer?

—Enterrarlo —indicó Jeferson.

—La cuestión es si Antón estará de acuerdo… —dijo Archi—. Y yo no pienso preguntárselo. No quiero que haya más problemas. Ya tenemos bastante.

—Hablaré con él —dijo Cintia.

—Me parece buena idea —asintió Jeferson—. Mientras, yo iré a preguntarle a Jacob si tiene alguna noticia.

Cuando Cintia entró en la habitación de los Werner, tuvo la desagradable sensación de percibir un pestilente olorcillo a cadáver, que le hizo llevarse una mano a la nariz. Quizás habían sido figuraciones suyas, influenciada por el implacable paso del tiempo. Pero de todos modos, era necesario tomar alguna determinación.

La única luz que había en la estancia era la de la lámpara de la mesita de noche que se encontraba más próxima al cadáver. Antón había tenido la poca idea de encender precisamente aquélla, con lo que había conseguido una horrible puesta en escena puesto que el resplandor de dicha lámpara iluminaba tétricamente el cuerpo de Úrsula. Era una visión tan espantosamente fúnebre que Cintia se apresuró a encender el resto de las lámparas.

Entonces descubrió que Antón no se encontraba allí y descubrió también que la puerta que daba acceso al pasadizo secreto, estaba abierta.

Se acercó allí.

—¡Antón!

Pero no obtuvo ninguna respuesta.

Por un momento tuvo la idea de abandonar a habitación y regresar junto a los demás. Sin embargo, ella no había sido jamás una mujer cobarde. Y por otro lado, estaba segura de que Antón necesitaba ayuda, así que se metió en el oscuro pasadizo.

—¡Antón!

Silencio.

Siguió caminando, tanteando las paredes de ambos costados. Parecía como si se hubiera metido en un largo y oscuro túnel que no tuviera fin.

—¡Antón!

De repente oyó algo que la hizo detenerse.

Rack… rack… rack…

¡Era como si alguien caminase arrastrando unas cadenas!

Rack… rack… rack…

Y entonces vio algo en el suelo que la hizo gritar y su grito retumbó en el pasadizo como un trueno.

Jacob sentía verdaderos deseos de llorar.

Su impotencia para sacar a sus clientes de aquel encierro, le hacía sentirse pequeño y miserable. Pero también había más. A medida que transcurrían las horas, esa impotencia se había convertido inexorablemente en inquietud, en una pavorosa inquietud. Hasta se sentía culpable de la muerte de la señora Werner.

—¿En qué está pensando, señor Jacob? —Oyó que le preguntaba el memo de Marcus.

Estaban los dos sentados a una mesa de la «Posada del Pirata Cojo», tomando cerveza.

El ambiente allí dentro estaba bastante cargado y a Jacob le molestaban las voces y los gritos de los clientes.

—¿En qué crees tú que puedo estar pensando? —Gruñó Jacob—. ¿Es que no te das cuenta de la responsabilidad que he contraído con esa gente que está en el castillo? Y por lo que estoy viendo no vamos a poder sacarlos de allí hasta el lunes…

—Creo que no le queda más remedio que acudir a Whiteford.

—¿El bombero?

Marcus asintió:

—Sí, señor. El bombero.

—¡Ni hablar! No quiero ir a parar a la cárcel.

—He estado pensando en eso, ¿sabe? Y estoy seguro de que con una buena propina se podría arreglar todo…

—Lo mismo dijiste de ese cerrajero de Tilton-on-Wale.

—Whiteford es más ambicioso. Tiene una esposa joven que le saca hasta las entrañas. Mire, es ese que está junto a la puerta conversando con el boticario. El de la cazadora negra.

Se trataba de un tipo fornido y patilludo. Tenía unas manos enormes y velludas.

—De acuerdo —asintió finalmente Jacob—. Dile que venga.

Marcus se levantó y se dirigió hacia el bombero. Habló con él durante un instante y luego, ambos regresaron a la mesa. Whiteford tendió su poderosa mano a Jacob.

—Siéntese, por favor —le dijo éste.

Cuando lo hubo hecho, Jacob se inclinó hacia él y habló en voz muy baja.

—Tiene que prometerme que no va hablar con nadie de lo que voy a decirle.

—Se lo prometo.

Jacob le contó lo que sucedía. Whiteford le escuchó en el más estricto silencio.

—Mal asunto… —dijo el bombero después de escuchar el relato —. Muy mal asunto. Está claro que yo podría sacarles de allí utilizando mi escalera del

17-FX,
pero… amigo, si hago tal cosa y alguien se entera, me juego el puesto y algo más, ¿comprende?

—Lo entiendo, pero se trata de una verdadera emergencia…

—Ni que lo diga y encima con un cadáver de por medio… ¡Joder, vaya paquete!

—Todo tiene un precio, señor Whiteford. Ponga el suyo.

El bombero se rascó la cabeza.

—Es que no sé si debo…

—Whiteford —intervino Marcus—. Nadie tiene que enterarse del asunto. Será algo entre nosotros tres.

—¿Qué nadie va a enterarse del asunto? —ironizó el bombero—. ¿Bromeas, Marcus? Oye, ¿crees acaso que la escalera
17-FX
se puede llevar al hombro? ¿Piensas que se trata de una escalera de cocina? Mide más de treinta metros, amigo. Y para manejarla necesito mi coche de bomberos. ¿Y qué le digo a la gente cuando nos vea en plena noche con ese trasto cruzando el pueblo? Ya sabes cómo son aquí. Todos querrán saber dónde es el fuego…

—Se me ocurre una idea —dijo Jacob.

—A ver —respondió el bombero—. ¿De qué se trata?

—Vayamos de madrugada, cuando todo el pueblo esté durmiendo.

—No está mal, Whiteford —dijo Marcus.

El bombero echó un trago de su jarra de cerveza y tardó unos instantes en responder.

—De acuerdo. Lo haremos sobre las dos. Y ahora hablemos de dinero, señor Jacob.

—¿Cuánto quiere?

—Quinientas libras.

—¿Qué?

—Ni un penique menos.

—No está en disposición de regatear, señor Jacob —le dijo Marcus.

—No, supongo que no. Bien, aquí tiene las quinientas libras…

—¿En un cheque? Ni hablar. Las quiero en metálico.

—¡No pensará que llevo tanto dinero encima!

—Ése es su problema.

—Es de fiar, Whiteford —le dijo Marcus—. Yo respondo por él.

El bombero soltó un gruñido y acabó por aceptar el cheque.

Se lo guardó en un bolsillo de la cazadora al tiempo que decía:

—A las dos menos cuarto me estarán esperando a la salida del pueblo, ¿de acuerdo?

—Muy bien —respondió Jacob más aliviado—. Allí estaremos.

Whiteford se puso en pie y se alejó. Jacob se echó hacia atrás en el asiento.

—Esto parece que marcha —dijo—. ¡Al fin vamos a poder sacar a esa pobre gente de allí!

—Deberíamos ir a decírselo —sugirió Marcus—. Estarán mucho más tranquilos.

—Tienes razón. Vamos.

Jacob no había viajado nunca a aquellas horas de la noche por aquel lugar. Conducía despacio con el fin de evitar cualquier accidente inoportuno y porque las luces de sus faros no eran excesivamente brillantes.

El repentino aullido de un lobo le puso los cabellos de punta. Vio que Marcus dejaba escapar una risita.

—¿De qué te ríes?

—El aullido de ese lobo le ha puesto nervioso. Se ve que es usted hombre de ciudad. Los que vivimos por aquí estamos acostumbrados a los lobos. Mire, estamos llegando al castillo.

En efecto, su maciza silueta se reflejaba en las tinieblas de la noche.

Jacob detuvo el automóvil.

Abrió la portezuela y se apeó. Marcus hizo lo mismo. Luego, ambos hombres se miraron en la oscuridad.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Marcus.

—No lo sé.

—¿Miedo?

—La verdad es que este lugar impone mucho y además hace frío…

—Bien, ¿vamos?

Echaron a andar en dirección al castillo, tropezando aquí y allá, esquivando matorrales.

De repente, Marcus se detuvo.

—¿Sucede algo? —preguntó Jacob volviéndose a su

acompañante.

Marcus murmuró:

—Juraría que he oído algo…

—Algún lobo —susurró Jacob a media voz.

—No lo creo.

Jacob se irritó:

—Entonces, ¿qué?

—¡No lo sé! Me ha parecido oír pisadas…

—¿Bromeas? Sigamos.

Reemprendieron la marcha. Entonces fue Jacob el que se detuvo. Él también acababa de oír ruido de pisadas.

—Parece como si alguien arrastrase los pies al andar —susurró.

Y en ese preciso momento, vieron surgir algo delante de ellos.

Ambos se detuvieron.

Ninguno de los dos puedo dictaminar inmediatamente de qué se trataba porque la silueta de *aquello* que ahora avanzaba hacia ellos era confusa, se difuminaba en la oscuridad.

Jacob entornó los ojos intentando averiguar de qué se trataba pero entonces sucedió algo inesperado.

Detrás de ellos, pero a cierta distancia, apareció otra sombra y luego otra…

—¡No! —Oyó que exclamaba de pronto Marcus—. ¡NOOO!

—¿Qué sucede? —preguntó muerto de miedo Jacob—. ¿Qué es lo que pasa?

Sin duda, su socio había conseguido descubrir el secreto de las apariciones, cosa que él aún no había podido hacer.

El grito de Marcus le heló la sangre.

Fue algo repentino, como una puñalada por la espalda.

Y luego, casi inmediatamente, una sombra apareció a su lado.

Ahora fue Jacob el que gritó.

Un grito feroz pero inútil.

CAPÍTULO 11

Jeferson impidió que Norma pudiera ver el cadáver de Antón.

Tenía los ojos muy abiertos y en su rostro, crispado por el terror, había dos tremendos arañazos.

Cintia se hallaba de cara a la pared, gimiendo, y Archi estaba petrificado, incapaz de mover un solo músculo de su cuerpo.

—Hay que sacarlo de aquí —dijo Jeferson—. ¿Me ayudas, Archi?

—¡No!

—¡Eres un maldito cobarde!

Jeferson cogió por ambos brazos el cuerpo de Antón y lo arrastró por el pasadizo en dirección al dormitorio. Luego, lo colocó en la otra cama, junto a la que yacía el cadáver de Úrsula.

Una vez que hubo terminado con la macabra operación, se derrumbó en una silla y se limpió el sudor de la frente.

Cintia, Archi y Norma aparecieron unos instantes más tardes.

Parecían sonámbulos.

—¡Cerrad ese maldito pasadizo! —les gritó Jeferson.

Después, se hizo un prolongado silencio.

—Dios mío —dijo Norma al fin—. ¿Qué es lo que habrá pasado?

—Seguramente también ha sufrido un ataque al corazón —dijo Archi.

—¿Y esos arañazos que tiene en la cara? —preguntó Cintia.

—Sí, es extraño —admitió Archi disponiéndose a encender un cigarrillo con manos trémulas—. Pero es posible que se lo haya hecho cuando se ha sentido indispuesto.

—Estáis equivocados —dijo de pronto Jeferson—. ¿Es que no lo veis?

—¿De qué estás hablando? —le preguntó su mujer.

—Antón ha muerto en las mismas circunstancias que Úrsula. Por un ataque al corazón, sí, pero provocado por *algo*…

—¿El qué? —Archi miró intrigado a su compañero—. No irás a creer en ese cuento de los muertos, ¿verdad? Tú que hasta ahora has sido el más incrédulo de todos no irás a cambiar de opinión…

—Sólo digo lo que veo, Archi. ¿No te parece mucha casualidad? ¿Has visto la mirada que había en los ojos de Antón? Era de pánico… Únicamente pudo ser provocado por algo…

—¡Oh, cállate! —le pidió Norma—. Primero Antón y ahora tú… ¡Por favor, sed sensatos! *¡Los muertos no pueden resucitar!* Habrá que buscar la explicación en otra causa.

—Dime cuál… —murmuró Jefferson poniéndose de pie—. ¡Vamos, hablad!

Pero nadie lo hizo porque nadie era capaz de dar una respuesta convincente.

—¡Lo que hay que hacer es salir de aquí cuanto antes! —exclamó Archi—. ¡Por todos los diablos! ¿Es que vamos a permanecer aquí toda la vida? Y ese Jacob, ¿dónde está?

—No he vuelto a hablar con él —respondió Jeferson—. Lo que me hace pensar que no ha conseguido lo que se proponía.

—Entonces, ¿qué va a ser de nosotros? —gritó Norma—. ¡Hay que hacer algo!

—¡Oh, callad de una maldita vez! —exclamó Cintia—. Por Dios, estamos delante de dos cadáveres… Tened un poco de respeto hacia ellos.

Era cierto.

Casi habían olvidado aquella horrible circunstancia.

—Lo primero que hay que hacer es enterrar a Úrsula —sugirió Cintia.

—¿Y por qué no también a Antón? —preguntó Archi.

—Sí —asintió Jeferson—. Los enterraremos a los dos… Pero cuando salgamos de aquí, habrá que comunicarlo a la Policía. ¿Dónde los enterramos?

—¿Qué os parece en el jardín? —preguntó Norma.

—No, no… —respondió Jeferson—. En el jardín no. Ya os he dicho que hay que decírselo a la Policía así que no vamos a enterrarlos bajo tierra. Los meteremos en cualquier otro lugar…

—Yo conozco uno —dijo Cintia.

—¿Cuál?

—Pero es mejor que no vayamos allí.

—¿Por qué no? —preguntó Archi.

—Hay seis tumbas vacías.

—¿*Seis*? —recalcó Norma.

Cintia asintió con la cabeza.

—¿Y tú cómo sabes eso? —le preguntó su marido.

Naturalmente, ella tuvo que mentirle. No podía decirle que había estado allí con Antón haciendo el amor.

—Lo descubrí por casualidad —dijo.

—Está bien. —Jeferson miró a sus compañeros—. Bajaremos primero a Úrsula.

—Lo siento, pero soy incapaz de tocarla —dijo Norma retrocediendo—. No… no puedo hacerlo.

—Lo haré yo —dijo Cintia con decisión.

—Vamos —dijo su marido.

Y ambos se encaminaron hacia la cama.

—Yo la agarraré por los hombros —dijo Jeferson—. Tú hazlo por los pies.

Cintia alargó los dos brazos con intención de hacer lo que le había pedido él, pero de repente retrocedió.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Jeferson.

—Creo que no… no voy a poder hacerlo…

—Bien —dijo su marido—. No os necesito a ninguno. Me las arreglaré yo solo.

Cogió por los hombros a Úrsula y tiró suavemente de ella hasta que sus pies tocaron el suelo. Luego, la arrastró hacia la puerta. Le pidió a Cintia:

—Indícame dónde se encuentran esas tumbas.

Cintia se colocó delante de él para guiarle mientras Archi y Norma volvían la cabeza incapaces de sobreponerse a aquel espectáculo tan horrible y deprimente. Era realmente espantoso ver el cuerpo inerte de Úrsula con la cabeza colgando.

Salieron al corredor y, repentinamente, el tacón de uno de los zapatos de Cintia se enredó en la alfombra. Estuvo a punto de perder el equilibrio pero se cogió a tiempo en la barandilla de la escalera.

—Lo siento —se disculpó. Comenzaron a bajar.

Las piernas de Úrsula rebotaban siniestramente en cada uno de los escalones.

Y fue precisamente cuando se hallaban a la mitad de camino cuando se apagó la luz.

A pesar de todo, Marcus tuvo suerte.

Cuando vio *aquello* no sólo dejó escapar un grito de terror sino que se arrojó por un desnivel. Era cierto que en aquel momento no pensó que podía abrirse la cabeza si tenía la mala fortuna de encontrarse con alguna piedra en su vertiginoso y ciego vuelo.

No pensó en nada de eso. No tenía tiempo.

Lo único que quería era escapar, escapar de aquel horror que, inesperadamente, habían contemplado sus aterrados ojos.

Tuvo suerte. Y mucha.

Porque no se abrió la cabeza. Únicamente sufrió algunos rasguños por todo el cuerpo y la cara. Pero había valido la pena con tal de poder escapar de allí y a pesar de tener que dejar detrás suyo, abandonado, al pobre Jacob atrapado mortalmente.

Escuchó los horripilantes gritos de este mientras se alejaba de allí a toda prisa. Pero lo único que pudo hacer fue compadecerse de él.

Corrió hasta la extenuación y sólo cuando sus asfixiados pulmones estaban a punto de reventar, se detuvo.

Jadeando como un animal, empapado el cuerpo en un sudor frío, latiéndole brutalmente el corazón, horrorizado, se recostó contra un árbol y se puso a llorar como un niño porque aquella noche había vuelto a nacer.

Luego, más calmado, comenzó a preguntarse algunas cosas.

¿Qué era *aquello* que había visto?

Parecían *muertos vivientes*…

Aunque no estaba seguro. No podía estar seguro de nada porque todo había ocurrido con extraordinaria rapidez. Sin embargo, la idea de que pudiera tratarse de muertos vivientes no sólo le pareció descabellada sino impropia de un ser civilizado. Y él lo era a pesar de emborracharse siete veces por semana.

Pero, entonces, ¿qué diablos era *aquello*?

Echó a andar hacia el pueblo sorteando, unas veces con mayor fortuna que otras, todos los elementos que le salieron al paso y sólo cuando abandonó el bosque y alcanzó la carretera se sintió casi a

salvo.

Siguió caminando en dirección al pueblo y por fin divisó las primeras luces.

Se metió en la «Posada del Pirata Cojo» dirigiéndose directamente al mostrador.

—Un *brandy*, Jim —le pidió al camarero.

—¿Se puede saber qué diablos te ocurre? —le preguntó este mientras le servía—. Estás más pálido que un muerto…

—No me ocurre nada, absolutamente nada. —Marcus apuró el *brandy* de un solo trago—. Ponme otro.

Había pasado por su imaginación contarles a todos lo que había sucedido, pero luego desechó la idea por una razón muy simple; habría tenido que dar demasiadas explicaciones dejando al descubierto sus chanchullos «turísticos» con el pobre Jacob.

Era mejor dejar las cosas como estaban.

Pero ¿qué pasaría cuando descubriesen el cadáver de su socio? En el pueblo les habían visto muchas veces juntos, incluso aquella misma noche en la posada. ¿No llegaría a sospechar la Policía que lo había matado él?

Era una situación delicada y únicamente se le ocurrió una solución; largarse de allí lo más lejos posible. Todo se había complicado en exceso porque tampoco había que olvidar que en el castillo había encerradas cinco personas y un cadáver y que hasta cierto punto él era culpable de aquella situación.

Sin duda, lo mejor era largarse de allí.

Y cuanto más lejos, mejor.

Cuando atravesaba la plaza en dirección a su casa, el reloj de la iglesia estaba dando doce lúgubres campanadas…

CAPÍTULO 12

A Jeferson no le agradaba la idea de sostener un cadáver en plena oscuridad. Tenía la desagradable impresión de que en cualquier momento iba a sentir su fría mano en el rostro.

—¿Qué habrá pasado? —Oyó que preguntaba Cintia.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Seguramente se trata de alguna avería…

—¿Estáis bien? —Era la voz de Archi.

—Maravillosamente —gruñó Jeferson—. ¡Por el amor de Dios, encended aunque sólo sea una cerilla!

La débil luz que proyectaba la llama del encendedor de Archi consiguió que todo pareciese aún más tétrico.

Jeferson continuó bajando. Su mujer iba delante y Archi les seguía con la llama del encendedor. Norma, en lo alto de la escalera, no sabía qué hacer. Si quedarse allí o seguirles. Opto por esto último. No le agradaba la idea de quedarse a solas en compañía del cadáver de Antón.

Y entonces sucedió lo que Jefferson había estado temiendo. Su pie tropezó con el de su esposa. Perdió el equilibrio y cayó hacia atrás llevándose a Cintia por delante. Ello le obligó a soltar el cuerpo de Úrsula el cual quedó tendido en mitad de la escalera.

Había ocurrido todo con tal rapidez, que Archi no pudo evitar el tropezar a su vez con el cadáver y aunque hizo un esfuerzo sobrehumano por mantener el equilibrio, acabó por derrumbarse sobre él.

Lógicamente, el encendedor se le escapó de las manos y todo volvió a quedar sumido en la más siniestra oscuridad.

Pero aquello no fue lo peor.

Sobre todo para Archi cuyo rostro fue a chocar violentamente con el de Úrsula.

Dejó escapar un grito.

Pero no fue un grito de dolor, naturalmente.

Fue un grito de asco.

Se puso en pie rápidamente pero con evidente torpeza y volvió a tropezar con el cadáver. Una vez más perdió el equilibrio y en esta ocasión cayó de rodillas sobre el mismo. Un nuevo grito brotó de su garganta. Aquello era demasiado.

Tanteó el pasamanos y, cuando lo localizó, se aferró a él como un náufrago a un bote salvavidas. Finalmente consiguió sus propósitos y pudo ponerse en pie.

—Necesitamos luz —dijo Jeferson.

—He perdido el encendedor —respondió Archi de espaldas contra el pasamanos y sin atreverse a dar un solo paso por miedo a volver a tropezar con la muerta.

Siguió un instante de tenso silencio.

La desagradable presencia del cadáver de Úrsula en la escalera y situado estratégicamente entre ellos, les producía una espantosa sensación.

—Norma —llamó Archi.

—¿Sí? ¿Qué quieres?

—Ve al dormitorio de Antón. Hay una caja de cerillas sobre la mesita de noche. Tráela, por favor.

—¡Ni hablar! Yo no me muevo de aquí.

—¡Haz lo que te digo!

—¡Ni que estuviera loca! No voy.

Jeferson registró sus bolsillos en busca de algo con qué encender, pero desgraciadamente se había dejado olvidada la caja de cerillas junto a la pipa en el dormitorio.

—Bueno, habrá que hacer algo, ¿no? —dijo Cintia.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Archi—. Con esta oscuridad sólo conseguiríamos rompernos la crisma. Norma, por el amor de Dios, ¿quieres hacer lo que te he pedido? ¿De qué tienes miedo? Antón está muerto y no puede hacerte nada.

Tras un corto silencio, ella respondió:

—De acuerdo. Iré.

—¡Magnífico! —La animó su marido—. Eres una chica muy valiente.

Tanteando se encaminó al dormitorio de los Werner, pero antes de entrar se detuvo en la puerta.

Había en la misma un pálido resplandor que penetraba por una de las ventanas y que se proyectaba macabramente sobre el cuerpo de Antón.

Experimentó un miedo espantoso.

Permaneció inmóvil como una estatua bajo el marco de la puerta sin atreverse a dar un solo paso y con los ojos clavados en el cadáver. Tenía la desagradable sensación de que podía incorporarse en cualquier momento y hablarle.

Pero su marido tenía razón.

Antón estaba muerto y no podía hacerle nada.

Por fin se decidió a entrar y fue directamente hacia la mesita de noche.

El pálido resplandor le permitió localizar la caja de cerillas.

Alargó la mano con intención de cogerla pero sin apartar la mirada del cadáver.

Temblaba.

Quería evitarlo pero era completamente inútil.

Y ese temblor, que muy a pesar suyo no podía controlar, hizo que la caja de cerillas se le escapase de la mano y fuese a caer al suelo.

Se quedó inmóvil, tensa.

Miró en dirección al suelo pero la oscuridad le impedía ver el lugar exacto donde había ido a parar la caja. Tanteó con el pie pero lo único que consiguió fue empujarla debajo de la cama.

—¡Soy una estúpida! —murmuró para sí con rabia.

Lentamente se agachó para recogerla.

Extendió la mano pero la presencia de Antón era tan cercana que fue incapaz de llegar hasta la caja. El miedo le atenazaba los músculos y notó que un sudor frío le bajaba por la espalda.

—No puedo… —gimió—. ¡No puedo hacerlo!

Y de repente, oyó un ruido.

Rápidamente levantó la cabeza y vio con horror que se estaba abriendo la puerta que conducía al pasadizo secreto.

Se puso en pie, aterrorizada.

Retrocedió hasta la puerta sin dejar de observar a aquel par de espantosos seres que acababan de aparecer en la habitación.

Por un momento tuvo la sensación de que estaba viviendo una pesadilla.

Fue a gritar pero el grito murió en su garganta.
Rack… rack… rack…
—¡No!
Rack… rack… rack…
—¡NOOOOO!

CAPÍTULO 13

—¿Habéis oído eso? —preguntó con un escalofrío Cintia.

—¡Es Norma! —gritó Archi.

Salió disparado escaleras arriba sin apercibirse de que pisoteaba una mano del cadáver de Úrsula.

—¡Norma!

Se llevó por delante una pequeña estatua antes de entrar en la habitación.

—Norma… —llamó.

Pero no obtuvo ninguna respuesta.

—¡Norma!

Había algo allí dentro que le provocó un espasmo de terror. Era algo indefinido y extraño, una vaga sensación de que se encontraba rodeado por alguien que era incapaz de distinguir. Tragó saliva.

—Norma…

Dio un par de tímidos pasos y, de repente, sus pies tropezaron con algo que había tendido en el suelo.

Miró hacia abajo y la vio.

—¡Dios mío! —aulló—. ¡NO!

El pálido resplandor que penetraba por la ventana enrejada le permitió descubrir que tenía los ojos totalmente abiertos. Miraban hacia él, atónitos, desconcertados.

—Norma…

Archi se agachó y la cogió entre sus brazos.

—Nena… —gimió.

—¿Qué ha ocurrido, Archi? —Era la voz de Jeferson.

—¡Es mi mujer! —exclamó aquél con un lamento—. ¡Está muerta! ¡Está muerta!

Jeferson entró en la habitación poco después acompañado por Cintia.

También ella había comenzado a sentir en su carne el terror y el

pánico:

—Lo siento, Archi —dijo Jeferson—. ¡Dios mío! ¿Qué es lo que está pasando?

—No puedo más… —se quejó Cintia—. ¡Esta oscuridad va a volverme loca!

Jeferson fue en busca de la caja de cerillas pero naturalmente no la encontró ni siquiera se le ocurrió que pudiera haber caído debajo de la cama.

Entonces, se fijó en el cadáver de Antón.

—¡Toda la culpa es suya! —masculló—. ¡Él nos trajo a este maldito lugar!

—¡Basta, Jeferson! —le pidió Cintia—. Éste no es momento para lamentaciones… ¿Dónde están las cerillas?

—No las encuentro.

—Dios… ¡que venga la luz!

Quedaron los tres en silencio. Archi tenía el cuerpo de su esposa entre los brazos.

Gemía de vez en cuando.

—Hay que hacer algo —dijo de pronto Jeferson—. Tenemos que salir de este infierno…

—¿Y Jacob? —preguntó Cintia.

—No he vuelto a tener noticias suyas. Ese hijo de puta nos ha abandonado.

—Él tenía razón… —murmuró Archi—. Sí, tenía razón cuando dijo que nunca saldríamos vivos de aquí… Antón estaba en lo cierto. ¡Vamos a morir todos!

—¡No digas eso, por favor! —chilló Cintia—. ¡No puedo soportarlo más! ¡Basta! ¡Basta!

—No perdamos la calma —pidió Jeferson—. Tenemos que permanecer unidos a partir de este instante. ¿Habéis comprendido? Tenemos que permanecer juntos, sin separarnos.

—La luz… —pidió con desesperación Cintia—. Quiero que venga la luz…

Rack… rack… rack…

—¿Habéis oído eso? —preguntó aterrada Cintia.

—Sí… —respondió su marido—. Es abajo, en las catacumbas…

Rack… rack… rack…

CAPÍTULO 14

Whiteford, el bombero, encendió la lamparilla que había sobre su mesita de noche y consultó la hora.

Era la una treinta de la madrugada. Disponía exactamente de media hora para reunirse con aquel idiota de Marcus y el otro tipo.

Saltó de la cama.

Su esposa, medio dormida, le preguntó:

—¿Hay fuego? No he oído el teléfono.

—Vuelve a dormir, querida.

Whiteford comenzó a vestirse.

—¿A dónde vas? —le preguntó su esposa.

—Duerme…

—Son las dos de la madrugada.

—Sólo la una y media.

—Pero si no hay ningún incendio, ¿a dónde vas?

—A ganarme quinientas libras.

Ella se incorporó.

—¿Qué?

—Anda, vuelve a dormir.

—¿A dónde vas a ganarte quinientas libras a la una y media de la madrugada? ¿Qué clase de lío te traes entre manos?

—¿Me prometes que no se lo contarás a nadie?

—Claro que no. ¿De qué se trata?

Whiteford se lo contó todo sin esperar en absoluto la posterior reacción de su mujer.

—¿Es que te has vuelto loco?

—¿Qué diablos quieres decir con eso?

—¡Ni se te ocurra ir al castillo a estas horas de la noche!

—¿Por qué no?

—¿Es que no conoces la leyenda? Se dice que, por las noches, los muertos que hay enterrados en el castillo abandonan sus

tumbas…

Whiteford soltó una carcajada.

—¡Ah, es eso! —siguió riendo mientras se ponía los pantalones —. Sí, algo he oído. Pero me parece tan absurdo que no vale la pena ni comentarlo.

—¿Te acuerdas de Mike Thompson?

—Sé que vivía cerca del lago y que estaba medio loco.

—Pues cierta mañana un cazador lo encontró moribundo en las proximidades de ese castillo. Thompson le contó que le habían atacado la noche anterior unos extraños seres que parecían muertos vivientes y dijo también que algunos de ellos arrastraban cadenas. El cazador lo llevó en su *jeep* al hospital de Brixton. Cuando los médicos le reconocieron, encontraron varios mordiscos en su cuerpo. Thompson murió una hora después y los que le vieron aseguran que jamás habían contemplado una expresión de terror semejante en el rostro de ningún ser humano…

—Nena, eso son leyendas de viejas. A Thompson le atacaron los lobos. Hay muchos por allí. Ésa era la causa de los mordiscos que tenía en el cuerpo. Supongo que debió pasarlo tan mal que luego sufrió pesadillas.

—Pero…

—Escucha, los muertos vivientes no existen. ¿Me has comprendido? Eso sólo ocurre en las películas o en las novelas de terror. Pero no existen. Cuando uno se muere, se acabó todo. Así que no me vengas con más cuentos.

—¡Yo de ti no me arriesgaría!

—Por quinientas libras soy capaz de enfrentarme a todos los muertos vivientes que hay en este planeta —se burló Whiteford—. Anda, vuelve a dormir. Estaré de regreso en una hora.

La mujer fue a decir algo pero comprendió que sería inútil. Su marido era tan testarudo como una mula…

Inesperadamente, había vuelto la luz y con ella un leve hilo de esperanza.

Lo primero que hicieron fue introducir el cadáver de Úrsula en una de las tumbas que había en aquel siniestro sótano.

Pero el significativo hecho de que aún quedasen cinco de ellas

vacías, les causó un extraño y comprensible desasosiego.

Cinco que luego se convirtieron únicamente en tres porque las otras dos fueron ocupadas por los cuerpos de Antón y Norma.

Era curioso comprobar que al principio ninguno de ellos había dado la menor importancia a aquel hecho, y que sin embargo, ahora, les parecía un negro presagio.

Durante un rato, permanecieron contemplando los cadáveres. Naturalmente, el más afectado era Archi.

—*Ellos* existen —dijo de pronto Cintia rompiendo el tenso silencio—. Hasta ahora no había querido creerlo. Pero ya no me cabe ninguna duda. Los tenemos a nuestro alrededor y acabarán con nosotros como han hecho con Norma, Úrsula y Antón…

—¡No quiero creer en la existencia de muertos vivientes! —exclamó Jeferson con énfasis—. ¡Es completamente absurdo!

—¿Y esos ruidos que acabamos de oír en las catacumbas? —le preguntó Archi—. ¿De dónde salen?

—Ratas…

—¿Ratas? —Archi clavó sus encolerizados ojos en Jeferson—. ¡Mira la expresión de terror que hay en los rostros de Antón y de mi mujer! ¿Crees que estarían así si sólo hubiesen visto ratas? Cintia tiene razón. *Ellos* están a nuestro alrededor. Nos vigilan y caerán sobre nosotros en cualquier momento…

—Estamos perdiendo los nervios —dijo Jeferson abandonando el sótano—. Aunque es comprensible cuando se vive en un estado de tensión como el que ahora estamos viviendo nosotros. Pero en cuanto se haga de día, todo será distinto. Lo veremos de otro modo…

—La pregunta es *si llegaremos a ver el nuevo día* —dijo sobriamente Cintia.

Su marido se volvió a ella.

—No me gusta oírte hablar de ese modo, Cintia. Siempre has sido una mujer fuerte y decidida…

—Nunca había vivido una situación como ésta. Estoy a punto de derrumbarme por completo…

Habían llegado al salón. Jeferson preparó tres copas de *brandy*. Afortunadamente, aún quedaba algo en la botella. Le dio una de las copas a su esposa y otra a Archi. Luego, bebieron en silencio, pensativamente.

—Tenemos que tomar alguna determinación —dijo Archi—. ¡No estoy dispuesto a que me ocurra lo que a los demás!

—Yo había pensado en escalar el muro —dijo Cintia—. ¿Creéis que hay alguna posibilidad?

—Ninguna —respondió su marido—. Es demasiado alto. A no ser que…

Archi y Cintia le miraron.

—¿Qué ibas a decir? —le preguntó el primero.

—A no ser que encontremos una cuerda lo suficientemente larga y un gancho.

—¡Vamos a buscarlo! —sugirió Cintia.

Animados por una nueva sensación de esperanza, se pusieron a registrar en primer lugar los muebles del salón y luego, una por una, todas las dependencias del castillo.

Fue un trabajo arduo y pesado.

Sin embargo, no encontraron lo que andaban buscando pero sí una puerta secreta oculta detrás de un pesado armario.

Archi la vio por casualidad.

La parte superior de la misma sobresalía por lo menos medio metro por encima de dicho armario.

—¡Eh, mirad eso! —exclamó.

Jeferson le ayudó a mover el pesado mueble. Detrás del mismo hallaron gran cantidad de polvo acumulado y telarañas.

Archi intentó abrir la puerta pero no pudo conseguirlo en el primer intento. Jeferson acudió de nuevo en su ayuda y finalmente aquélla cedió con un desagradable ruido a goznes oxidados.

En el interior la oscuridad era total y reinaba un fuerte olor a humedad.

Cintia le entregó a su marido un candelabro que encontró en el salón contiguo. Encendieron las velas y penetraron en la misteriosa estancia cubierta por innumerables telarañas.

Se trataba de un pequeño y viejo despacho.

Había una mesa semicircular al fondo. En un rincón dos desvencijadas sillas de estilo colonial. Un armario-biblioteca ocupaba un extremo de la pared.

Sobre la chimenea de mármol colgaba un cuadro. Un caballero bigotudo con uniforme de oficial de la Marina de principios de siglo, estaba cómodamente sentado en un voluminoso sillón. Era un

individuo de aspecto desagradable, de unos cincuenta años.

Poseía un rostro casi diabólico y unos ojos que parecían tener vida propia.

Jeferson colocó el candelabro sobre la mesa de despacho y abrió la puerta del armario-biblioteca. Extrajo un par de libros. En su interior había una dedicatoria.

En uno de ellos decía:

«A mi gran amor Helen».

Y en el otro:

«En nuestro aniversario de boda. Helen».

Ambos volúmenes trataban de temas relacionados con el mar.

De pronto, Jeferson reparó en un detalle. Al fondo del armario-librería había algo. Lo cogió. Se trataba de un diario. Con él en las manos se acercó al candelabro.

Lo estuvo ojeando durante un rato, en silencio.

—¿Qué dice? —le preguntó Cintia.

—Habla de sus viajes a los Mares del Sur. Nuestro amigo se dedicaba al contrabando. Escuchad esto:

«29 de mayo de 1897. Cada vez resulta más difícil entrar en Inglaterra con el cargamento. Hoy nos han abordado los servicios de vigilancia costera y a punto han estado de descubrir los diamantes. Tengo la impresión de que estoy rodeado de traidores».

«4 de junio de 1897. Yo tenía razón. Estaba en lo cierto. Y los traidores estaban en mi propia casa. Mi secretario Dick Wells era uno de ellos y también mi hombre de confianza Alan Hasper. He mandado encerrarlos en el sótano y es mi voluntad que permanezcan allí para siempre…».

«12 de junio de 1897. Estoy a punto de enloquecer. He descubierto algo terrible. Mi Helen, mi querida Helen, y mi propio hermano son amantes. Pero afortunadamente he llegado a tiempo de impedir que pudiesen huir. Mi cólera no tiene límites. Les he enviado junto a los traidores y al igual que éstos permanecerán para siempre en el sótano…».

«4 de agosto de 1897. Me siento muy enfermo y terriblemente solo. Por las noches, oigo sus lamentos. Piden mi clemencia pero jamás la tendrán. Se pudrirán allá abajo. Ésa es mi voluntad, mi férrea voluntad».

«19 de septiembre de 1897. Me muero. Sé que mi hora final está cercana. He dejado de oír sus lamentos desde hace varios días. Posiblemente hayan muerto de hambre y de sed…».

«24 de septiembre de 1897. Hoy he bajado al sótano. Los cuatro han muerto. Mi pobre Helen estaba irreconocible. Más bien parecía un esqueleto que un ser humano. Sacando fuerzas de flaqueza la he enterrado dignamente. De los demás ni me he preocupado. Descansen en paz en el infierno».

Jeferson miró a Archi y luego a su esposa.

—¿No hay nada más? —preguntó ésta.

—Nada más.

—O sea que el individuo que ocupó este castillo era un maldito asesino —dijo Archi pensativamente.

—Salgamos de aquí —dijo Jeferson—. Esta habitación me produce claustrofobia.

Una vez afuera, Jeferson apagó el candelabro mientras Archi cerraba la puerta que había descubierto detrás del armario.

—Este lugar está maldecido —murmuró de repente Cintia—. Dios mío… son esos cuatro infelices que hay abajo los que han matado a Antón, Úrsula y Norma… O incluso es posible que ni siquiera hayan pretendido matarles… no lo sé… Lo único que sé es que quiero marcharme de aquí, Jeferson… Quiero irme antes de que sea demasiado tarde…

—Sí… —respondió éste—. Hay que salir de aquí. Pero ¿cómo? Todavía no hemos encontrado el medio de hacerlo. Antón tenía razón cuando aseguró que estábamos atrapados.

—Sólo nos queda un sitio por registrar —dijo sombríamente Archi—. El sótano.

—¿Es que te has vuelto loco? —chilló Cintia—. ¿Nos estás proponiendo que bajemos a ese espantoso lugar? ¿Es que ya has olvidado lo que ha ocurrido?

Antón quitó:

—¿Cómo quieres que lo haya olvidado? ¡Mi esposa ha muerto!

—No tiene sentido que bajemos allí —dijo Jeferson—. ¿Qué esperas encontrar? Creo que lo mejor que podemos hacer es esperar a que se haga de día. Ya no se me ocurre otra cosa. No nos separaremos ni por un momento. Dormiremos en el salón. Yo haré la primera guardia y tú la siguiente, Archi. Nos conviene descansar

un poco. Por lo que a mí respecta, estoy reventado…

Calló con un suspiro.

—Me parece buena idea —asintió Cintia—. Es posible que con la llegada del nuevo día cambie todo. Incluso es posible que Jacob regrese con alguien para reparar la avería…

—¡No me recuerdes a ese hijo de perra! —exclamó rabiosamente Archi—. ¡Te juro que, si logramos salir de aquí, le mataré con mis propias manos!

Jeferson intentó calmarle:

—Vamos, vamos…

—¡Te lo juro! —insistió Archi.

Regresaron al salón. Cintia se tumbó en el sofá y Archi se sentó en uno de los sillones mientras Jeferson se servía la última copa de *brandy* y encendía un cigarrillo.

Media hora más tarde, Cintia y Archi estaban profundamente dormidos.

Jeferson optó por quedarse de pie. Sabía que si se sentaba acabaría por dormirse.

A lo lejos se escuchaba el inconfundible

tic-tac

de un reloj.

CAPÍTULO 15

Whiteford se cansó de esperar.

Eran más de las tres de la madrugada y ni Marcus Peabody ni Jacob habían aparecido en el lugar de la cita. Sentado al volante de su viejo coche de bomberos, decidió esperar un poco más.

Aguardó otra media hora y en vista de que ambos seguían sin aparecer, creyó llegado el momento de tomar una decisión.

O regresaba a su casa o se dirigía con su 17 FX al castillo.

Lo más práctico, sin duda, hubiese sido regresar a su casa. Al fin y al cabo, no era él quien había faltado a la cita. Pero si tenía una cualidad era la honradez y Jacob le había entregado un cheque por quinientas libras.

Por lo tanto, su obligación era sacar a aquellos pobres individuos que estaban encerrados en el castillo.

Con gran estrépito puso el coche en marcha. Era un viejo trasto al que le tenía mucho afecto y que había prestado valiosos servicios a la comunidad.

Lo más difícil, por lo accidentado del terreno, iba a ser atravesar el bosque. Pero lamentablemente era el único camino que existía para llegar al castillo.

Conduciendo con gran pericia, fue sorteando cada uno de los árboles que se encontró a su paso. Hubo un momento en que temió por la integridad de su 17 FX. Echó un rápido vistazo por el cristal trasero. Su hermosa escalera no había sufrido ningún deterioro.

—¡Soy el mejor conductor del mundo! —se dijo.

Y se puso a silbar una canción.

Pero poco después, cuando distinguió la tenebrosa silueta del castillo, no pudo reprimir un escalofrío…

Muy a pesar suyo, Jeferson no pudo evitar alguna cabezada que

otra. Finalmente decidió que lo mejor era dar continuos paseos por el salón procurando no despertar a los que estaban durmiendo.

Había dado unos cuantos pasos cuando creyó oír algo.

Su cuerpo se puso en tensión.

Se acercó hasta la puerta del salón y echó un vistazo afuera. La luz del corredor que comunicaba con el comedor, estaba apagada. Y él juraría que la última vez que la vio estaba encendida.

Retrocedió hasta el interior del salón.

—¿Qué sucede? —Oyó que le preguntaba Archi.

Jeferson se volvió.

—Creí que dormías…

—Acabo de despertarme. ¿Has oído algo?

—Un ruido. O eso es lo que me ha parecido. Y la luz del corredor está apagada. Pero hace un rato juraría que estaba encendida.

Archi se levantó y comprobó las palabras de su amigo.

—Tienes razón —le dijo—. Yo también la he visto encendida.

—Archi, *presiento que nos están observando*, que los tenemos muy cerca de nosotros.

—Pensé que tú no creías en esas cosas, Jeferson.

—Y *no* creía. Pero después de todo lo que ha ocurrido y de haber leído ese diario… soy capaz de creer cualquier cosa. Pero no quiero que mi mujer se entere, Archi. Ante ella prefiero fingir, ¿comprendes? Si ve que yo también me derrumbo sería mucho peor.

—Yo jamás había creído en los muertos vivientes. Ni en ninguna de esas absurdas fantasías. Pero ahora sé que los muertos vivientes existen… y que han sido ellos los culpables de las muertes de mi esposa, de Antón y de Úrsula… Murieron de terror, Jeferson. Su corazón se les paralizó por lo que estaban viendo… *¡Y lo mismo nos va a ocurrir a nosotros en cualquier momento!*

—¡Tenemos que estar preparados!

—¿Sí? ¿Cómo, Jeferson?

—No lo sé. ¡Pero yo no quiero morir!

—Jeferson…

Ambos hombres se volvieron.

Era Cintia. Acababa de despertarse.

—¿Por qué hablas de morir?

Él iba a responder cuando oyeron algo.

Se miraron, aterrados.

—Ahí están —susurró temblando Archi.

Rack… rack… rack…

—¡Dios mío! —suplicó gimiendo Cintia—. ¡Hagamos algo!

Pero ninguno de los tres fue capaz de mover un solo músculo de su cuerpo. Estaban paralizados, con la mirada fija en la puerta del salón, esperando verlos aparecer en cualquier momento.

Fue a *ella* a la primera que vieron.

Helen…

Con toda seguridad debió de haber sido muy hermosa mientras estuvo viva.

Extraordinariamente hermosa.

Pero ahora no era más que una masa deforme de carne.

Una de las cuencas de sus ojos estaba hueca, vacía.

El otro ojo miraba fijamente en dirección a los molestos inquilinos del castillo.

Luego, aparecieron los demás.

Y se agruparon alrededor de Helen.

De repente, todos a una, comenzaron a caminar arrastrando sus cadenas.

¡Era una macabra sinfonía!

Rack… rack… rack…

Cintia, horrorizada, al borde de la locura, se llevó ambas manos a la cara.

Aquello escapaba al límite de lo que podía soportar su mente y su corazón.

Fue el suyo un grito inhumano.

—¡NOOOOOOO!

Whiteford había llegado al castillo. Se apeó del coche y echó un vistazo a su alrededor por si Marcus o su socio se encontraban por allí, aunque con aquella oscuridad se hacía difícil ver a alguien.

—Bien, vamos allá —se dijo.

Se metió en el cesto y pulsó el botón que ponía en movimiento la escalera.

Poco a poco, lentamente, fue subiendo, subiendo hasta alcanzar

la parte superior del muro.

Desde allí arriba contempló el solitario y lúgubre patio levemente iluminado por el resplandor que llegaba desde una de las ventanas.

Luego, pulsó otro botón y la 17 FX comenzó a bajar, a bajar tan lentamente como había subido.

Cuando el cesto rozó el suelo, Whiteford saltó del mismo y se encaminó decididamente hacia la enorme puerta de entrada silbando una canción de moda.

Llamó.

Y sin dejar de silbar esperó a que le abriesen. Nunca pensó que lo haría un espantoso ser de un único ojo…

FIN

Intriga...
Acción...
Misterio...
Emoción...

Todo eso y mucho más encontrará en las novelas de la colección

TOP SECRET

Cuando empiece a leer una de estas novelas, rigurosamente inéditas, no podrá dejarla hasta llegar al final.

Ese es el propósito de los grandes AUTORES, que le ofrecen sus mejores obras en la colección.

TOP SECRET

CUATRO SERIES
en las que sólo tienen cabida obras
RIGUROSAMENTE INEDITAS
de los autores de mayor prestigio

Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Serie oeste
MUSTANG

Serie policíaca
TOP SECRET

Serie terror
THANATOS

75 ptas.